

GENI

BIBLIOTECA

Los Grandes ^{Gu}

DE
NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

9



CYRANO
DE BERGERAC

por
Pierre Magnier
y Linda Moglia

UNA PESETA

GENINA, Augusto

BIBLIOTECA
Las Grandes Películas
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A

CYRANO DE BERGERAC

(1923)

según la tragicomedia del insigne
poeta francés EDMOND ROSTAND

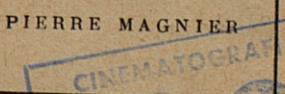
FILM EXTRA GENINA

:: Interpretación del célebre actor
francés PIERRE MAGNIER

SELECCIÓN ÓPTIMA
DEL PROGRAMA

VILASECA & LEDESMA, S.A.

VIA LAYETANA, 53, BARCELONA



CYRANO DE BERGERAC

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Prohibida la
reproducción

*Revisado por la
censura militar*

J. HORTA, impresor - Calle Gerona, 11 - Barcelona

I

París. Año de gracia de 1640. Luis XIII ocupa el trono de Francia. Se ama, se intriga, se lucha y se diserta. Cadetes y mosqueteros cruzan sus espadas con el menor pretexto. Se dice que la Reina, hija de España, tiene amores con un duque inglés. Es en los días del cardenal Richelieu.

Mañana de sol, hora de bullicio en que la gente va a la iglesia o al mercado. Gallowos, vendedores, soldados, damas y poetas. Pasa un lindo marqués.

Sobre una tarima, un charlatán grita con elocuencia ofreciendo el bálsamo de Fierabrés, mientras unos pajés apuntan con sus cerbatanas a las cabezas de los burgueses. Y la alojera, guapa moza, vocea:

—¡Aloja!... ¡Pasteles!... ¡Lechel!... Pero ¿quién es esa gentil personilla que en este momento atraviesa la plazuela? ¡Qué hermosa! ¡Cómo centellean sus miradas! Parece una divina canción hecha carne, ¡tan llena de gracia, tan airosa y tan rubia es!

¿Su nombre? Magdalena Robin; pero los que la conocen la llaman Roxana. Es prima de Cyrano, y el conde de Guiche la ama con tales extremos que, para rendirla, ha pensado casarla con un cándido hidalgüelo, el vizconde de Valvert.

Sólo tiene un defecto: la acompaña una dueña. Esto nadie lo advierte mejor que el barón Cristián de Neuvillette, cadete, hombre de espada más que de pluma, joven, guapo y tan tímido que ama en silencio, sin encontrar en su menguado ingenio palabras con que expresar la virtud de sus sentimientos.

Ella ha pasado cerca de él y ha sabido sonreír al verlo. Sin duda, a Roxana le agrada Cristián. El, en cambio, se ha puesto pálido. Quisiera tener valor bastante para aproximarse y decirle... ¿decirle qué? ¿Que la ama?... Pero no se atreve. Hace aún pocos días que llegó a París, y es este su primer amor.

Roxana, se vuelve a mirarlo.

—¡Qué guapo!—piensa.



El barón Cristián de Neuvillette.

Cristián se turba. Además le impone la dueña, la cual, observando que las siguen, refunfuña:

—¡Qué cadete más impertinente!
—¿Decís?...
—¡Oh, nada!...

La dueña no sabe la dulce y profunda impresión que en su joven señora ha producido el barón de Neuvillette. Por eso se atreve a darle este consejo:

—No volváis la cabeza...
Roxana sonríe.

La dueña se detiene, rezongando:
—Voy a darle una lección.

Y el barón de Neuvillette, todo desconcertado, pasa de largo: ni mira ni habla. Mas cuando ella va a entrar ya en su casa, hace alto, y de nuevo los ojos de Cristián sienten la caricia de los ojos de Roxana.

El paso de la «preciosa» había despertado la admiración de todos los galanes que estaban en la plazuela.

—¡Hermosa mujer!—exclamó uno.
—Es Magdalena Robin, huérfana y prima de Cyrano—explicó otro.
—¿Y quién es ese Cyrano?
—Un espadachín diestro...
—¿Noble?
—Un segundón. Cadete de los guardias... Pero allí veo a su amigo Lignière, que lo conoce mejor que yo.

Los dos galanes se acercaron a Lignière, poeta tan amigo de las musas como del vino.

—¡Salud, poeta!

—Caballeros...

—Este amigo me ha preguntado quién es Cyrano, y como vos le conocéis mejor que yo... ¿Verdad que no es ningún hombre vulgar?

Lignière miró al fondo de la jarra que tenía delante, alzó luego los brazos y los ojos, y dijo como si declamara:

—¿Cyrano?... ¡Oh! ¡El más estupendo de los seres sublunares! Es rimador, penderciero, físico y hasta músico.

—¿Y qué me decís de su aspecto? ¡Es lo más extravagante!

—Ciento—afirmó Lignière.— Descuella sobre el atril de su golilla una nariz... Caballeros, ¡qué nariz! Es imposible ver semejante adefeso sin exclamar: «¡Es atroz! ¡Qué exageración!»

—¡Y ay del que en ella se fije!

El poeta vió que la jarra había quedado vacía y notó que su paladar estaba seco por haber hablado con exceso.

—Os dejo; voy a casa de Lebret, donde espero hallar a Cyrano—dijo, al mismo tiempo que se levantaba.

Comenzaba a engordar, y aunque seguía teniendo agudeza su pluma, con la que en más de una ocasión supo zaherir a sus ene-

migos, éstos se burlaban de la torpeza de sus movimientos. Ahora, que a Lignière las zumbas de los demás le tenían sin cuidado.

Paso a paso llegó a casa de Lebret.

—El señor de Bergerac no ha venido; sólo está el señor Lebret—le dijo un criado.

—Pues le esperaré aquí... ¿Dónde estás, Lebret?

El vozarrón del poeta tronó en la casa, y Lebret, gran amigo de Cyrano y cadete como él de la guardia, apareció precipitadamente.

—Entra, poeta.

—¡No puedo!—lamentóse Lignière.

—¿Por qué no puedes? ¡Tan borracho estás?

—No puedo, porque... ya estoy dentro.

—Eres incorregible... Anda, pasa.

El cadete y el rimador se asomaron a una ventana que daba a la calle, en la que unos pregoneros anuncianaban a grandes voces:

—¡Esta noche, en el teatro del Palacio de Borgoña, se representará «La Cloris», interpretada por Montfleury!

Montfleury era el trágico de moda, pero la moda no siempre acierta y Montfleury era un mal actor. A pesar de su obesidad, tenía la debilidad de creerse un Adonis y tan gran conquistador que, según él mismo decía, no había dama, alta o baja, guapa

o fea, vieja o joven, que no le rindiera su corazón si él la miraba.

—Mal lo va a pasar nuestro trágico en cuanto Cyrano se entere—dijo Lignière.

—Ese tonel, en efecto, representará esta noche el papel de Fedón; pero ¿qué le importa eso a Cyrano?—preguntó Lebret.

—¿Lo ignorabais? Nuestro amigo puso veto a Montfleury de salir a escena en un mes entero.

—¿La causa?

—Una noche el pobre hombre atrevióse a poner sus ojos en Roxana, la prima de Cyrano.

—Pues vamos a tratar de impedir que se entere de la función, porque sino...

—¡Bah! Total ¿qué? Unos cuantos bastonazos en las espaldas de ese bruto... No dejaría de ser divertido.

—Y peligroso para Cyrano—observó Lebret.—Salgamos.

Como habían anunciado los pregoneros, aquella noche se representaba «La Cloris», y todo París acudió al Palacio de Borgoña.

Mezclándose con el público, que entraba en el patio destinado a las representaciones teatrales, Lignière y Lebret, que buscaban a su amigo, encontraron a Cristián, conocido del poeta.

—¿Visteis por casualidad a Cyrano?

—No le conozco—contestó Cristián.

A la puerta del teatro vieron a Ragueneau, al que dió una voz Lignière.

Bajo, regordete y risueño, humilde y amable, el célebre pastelero acercóse al poeta, quien lo presentó al barón de Neuvillette.

—He aquí al pastelero de los cómicos y autores.

Ragueneau inclinóse, confuso.

—Honor inmenso para mí.

—¡Si sois un Mecenas, hombre!

—No tanto.

—Y poeta también, y de empuje—añadió Lignière.—Los versos le pierden. Por una oda da un pastel.

—Un...pastelillo—repuso Ragueneau cada vez más azorado.

—¿Y por un soneto no disteis?...

—Bollos.

—Pero eran bollos de crema!—exclamó Lignière con admiración.

Los espectadores iban acudiendo cada vez en mayor número al Palacio de Borgoña. Bajo las miradas de los hombres pasaban las «preciosas», entrando en el teatro. Lacayos, pajes, poetas, rateros, nobles y soldados se codeaban, gritando villanamente los villanos, hablando con fanfarronería el militar y el poeta entre suspiros.

—¿No viene Cyrano?—preguntó Ragueneau.

—Esperándole estamos para impedir que

cometa una locura, pues ha prometido a Montfleury varearle las espaldas si sale a escena en un mes—dijo Lebret.

Entre los curiosos se produjo un vivo rumor, y los que estaban más cerca de la puerta se separaron viendo venir una litera lujosa, precedida de buen número de nobles y servidores. Oyóse el nombre del conde de Guiche, cuyo único mérito consistía en estar casado con la sobrina de Richelieu, y se produjo un revuelo de sorpresa.

La litera hizo alto y de ella descendió el Conde, el cual fué a dar la mano a Roxana, que acababa de llegar también en aquel momento con su dueña.

Altivo y arrogante el de Guiche y soberana por su belleza Roxana, seguidos de la admiración de los burgueses y por los saludos aduladores de algunos hidalgos, el Conde y la prima de Cyrano entraron en el Palacio de Borgoña.

—El Conde no abandona su presa—dijo Lebret.—Enamorado de Roxana, no parará hasta casarla con ese hidalgüelo vizconde de Valvert, para rendirla así mejor a sus deseos.

—¿Quién es el Vizconde?—preguntó pálidoy nervioso Cristián.

—Miradlo: es un lindo petulante, que hace la corte al de Guiche... Ahí va tras de él.

—Por mi parte—observó Lignière,—he

sacado a luz tan ruines manejos en una canción que nunca me perdonará. Es sanguinario el final.

—Tened cuidado—advirtió al poeta uno de



... Roxana, a la que de Guiche había conducido a uno de los palcos del primer piso.

sus amigos.—El de Guiche es poderoso y puede daros un disgusto en cuanto se entere de vuestra canción.

Lignière se encogió de hombros. No le asustaba ningún peligro cuando había be-

bido mucho, y entonces estaba casi embriagado.

—Seguimos sin ver a Cyrano—indicó Ragueneau.

—Más vale así—dijo Lebret.—Quizá no haya visto los carteles... ¿Entramos?

En la escena sonaron tres golpes y el público guardó silencio.

Cristián buscó con los ojos a Roxana, a la que el de Guiche había conducido a uno de los palcos del primer piso. Ella descubrió también a su tímido galán y le sonrió.

Sonaron tres nuevos golpes y descorrióse la cortina que ocultaba la escena. A ambos lados, el de Guiche con su corte y los marqueses aparecían sentados en posturas insolentes.

Oyóse el sonido de una zampoña y apareció el enorme Montfleury en traje de pastor de pastoral, con un sombrero guarnecido de rosas caído hacia la oreja y soplando en una zampoña adornada con cintas.

—¡Bravo! ¡Montfleury!—aplaudieron los espectadores del patio.

El actor se inclinó saludando, y luego, con voz aflautada, en blanco los ojos, comenzó a decir su papel:

«Dichoso aquél que, alejado
del bullicio y devaneo
de la Corte, se condena...»

Destacándose sobre las cabezas de los espectadores del patio, vióse ondular la pluma de un sombrero.

¡Era la pluma del sombrero de Cyrano! El cadete avanzó, abriéndose paso entre el público.

Montfleury seguía declamando:

«...a voluntario destierro,
y feliz mora en el bosque
al dulce arrullo del céfiro...»

ImpONENTE Y BURLONA, sonó la voz de Bergerac:

—¡Bribón! ¡No te he prohibido por todo un mes?...

Todas las miradas se dirigieron hacia el que acababa de entrar.

—¡Payaso! ¡Sal de la escena al momento. Se produjo un murmullo de indignación;

—¿Qué es eso?...

—¿Que se calle!

—¿Fuera!

Cyrano miró a su alrededor, púsose de pie en un escabel y su figura de cadete, su brava apostura y su rostro grotesco deformado por una monstruosa nariz, mostraronse al público con aire de reto. En seguida, mirando a la escena, gritó:

—¿No me obedeces?

Llevaba en la mano un bastón, que alzó como para que el aterrado Montfleury lo viera.

Por todas partes sonaban las voces de los



—¿No me obedeces?

que se indignaban al ver interrumpida la representación.

Los marqueses animaron al asustado trágico:

—¡Basta! ¡Silencio! ¡Proseguid!

Y esta vez, ahora titubeando, Montfleury comenzó:

«Dichoso aquel que, alejado
del bullicio y devaneo...»

Pero fué interrumpido por la voz amena-
zadora de Cyrano:

—¿Eres sordo? ¿Me veré, gordínflón, for-
zado a hacer en tu espalda una plantación
de fresno?... ¡Vive el cielo que mi paciencia
se acaba!

Entre el estupor del público, Cyrano ade-
lantó unos pasos hacia la escena.

—¡Ayudadme, caballeros!—gimió Mont-
fleury.

Algunos de los de la corte del de Guiche
gritaron, tratando de oponerse al inte-
rruptor.

—Que se callen y se sienten los marqueses—ordenó Cyrano;— no sea que me tien-
ten a que sacuda con mi palo el polvo de
sus trajes.

Esta amenaza desató la ira de los nobles,
aumentando las protestas del público.

La curiosidad ante la actitud del arries-
gado cadete se había hecho dueña de todo
el teatro. Las mujeres de los palcos refan-
viendo el terror del trágico, y Roxana dis-
frutaba con todo su rostro encendido admis-
rando a su primo.

—¡Sal al momento del tablado!

Montfleury vaciló.

De pronto oyóse cantar a uno del público:

«¡*La Cloris* suspender
propónese Cyrano!

¡*La Cloris* se va a hacer
aunque pese al tirano!»

Bergerac volvióse altaneramente.

—Como vuelva a escuchar esa canción,
arremeto con todos.

—¿Sois Sansón?—atrevióse a preguntar
un burgués.

Cyrano lo contempló de arriba abajo y
repuso:

—Tal vez, si me prestáis vuestra quijada.

Rióse la burla, aumentó el escándalo. Los
honestos burgueses parecían escandalizados,
protestaba alguna dama, los lacayos pa-
teaban y uno que otro paje aficionado a la
ventriloquia hacía el gallo, ladraba, mayaba
y todo era ruido y confusión.

—¡Qué audacia!

—¡Es inaudito!

—¡Guau, guau!...

—¡Miauuu!...

—¡Silencio!

Cyrano observó a los que le rodeaban, a
toda aquella multitud enfurecida y burlona,
y a grandes voces, pero siempre sereno,
dijo:

—¡Conseguiréis que mi furor estalle! Un
reto a los del patio y la cazuela dirijo.

—¿Quién se atreve? Quien sea, diga el nombre o alce el dedo.

Hizo una pausa y fijó sus ojos en uno del público preguntándole:

—¿Vos, caballero?

El hidalgo se hizo atrás, queriendo desaparecer.

—¿No?... ¿Y vos?—añadió mirando a un comerciante, cuyos ojos se desencajaron.—¿Vos tampoco?...

El dedo de Cyrano fué señalando uno a uno a los espectadores, que retrocedieron espantados.

Ante Bergerac se había hecho un gran vacío. Los curiosos le miraban a prudente distancia.

Y volviéndose al escenario, donde Montfleury aguardaba ansiosamente, Cyrano habló:

—Tres palmadas daré, y a la tercera he de ver eclipsarse tu faz, ridícula parodia de la luna.

Dicho esto, sentóse tranquilamente en el escabel y dió la primera palmada:

—¡Una!

—Señores...—rogó el trágico, buscando quien le defendiese.

Sonó la segunda palmada.

—¡Dos!—anunciaban algunas voces.

—¡Protesto!—gritó el actor.

Sonó la tercera palmada.

—¡Tres!

Cyrano se levantó, y entonces, Montfleury, entre una tempestad de risas y silbidos, desapareció, sin que fuerza humana pudiera contenerle.



— Tenéis una... nariz ...muy grande.

Interrumpida «La Cloris», el público dispusose a abandonar el Palacio de Borgoña; pero se detuvo viendo cómo un nuevo personaje se acercaba a Bergerac.

El que a tal se atrevía era el vizconde de Valvert. La actitud un tanto fanfarrona del

cadete y su amenaza a los que acompañaban al conde de Guiche había producido disgusto al Conde.

—¿Nadie se encarga de responderle?

El Vizconde adelantóse entonces.

—¡Esperad! ¡Voy a echarle una pulla que le hiera!

Y con fatuidad fué a colocarse delante de Cyrano, que le observó atentamente.

—¡Caballero!...

El Vizconde, después de pensar mucho, atrevióse a decir:

—Tenéis una... nariz... muy grande.

Sin inmutarse, el cadete afirmó:

—Mucho... ¿Y qué más?

—Pero...—tartamudeó Valvert.

—Eso es muy corto, joven.

En los palcos, las mujeres se habían puesto en pie esperando el desenlace de aquel diálogo. El Vizconde comenzaba a sentirse desconcertado ante la serenidad de Bergerac, quien, haciendo burla de sí mismo, añadió:

«... yo os abono

que podíais variar bastante el tono.

Por ejemplo: agresivo: «Si en mi cara tuviera tal nariz, me la amputara.»

Amistoso: «Se baña en vuestro vaso al beber, o un embudo usáis al caso?»

Curioso: «¿De qué os sirve ese accesorio?

¿De alacena, de caja o de escritorio?»

Lisonjero: «Nariz como la vuestra es para un perfumista linda muestra.»

Y con gesto, más que nunca arrogante, Cyrano fué comparando su nariz a un ariete, a una percha, burlándose de ella con tanta gracia como desenfado.

Por último, mirando fijamente al Vizconde, concluyó:

«Algo por el estilo me dijerais
si más letras o ingenio vos tuvierais;
mas veo que de ingenio, por la traza,
tenéis el que tendrá una calabaza...»

El conde de Guiche, viendo corrido a Valvert, lo llamó:

—Vén, Vizconde.

Sofocado, Valvert quiso dar forma a su cólera.

—¡Badulaque, fanfarrón, ganapán!—gritó.

Quitándose el sombrero, y saludando como si el Vizconde acabara de presentarse, Bergerac repuso:

—¡Ah! Y yo, Cyrano Hércules y Saviniano de Bergerac.

Estallaron las risas de los curiosos.

—¡Bufón!—chilló exasperado Valvert, y volvió la espalda.

—¡Ay!—lamentóse súbitamente el cadete.

—¿Qué ocurre?—preguntó el Vizconde, volviéndose rápidamente.



—¡Ah! Y yo, Cyrano Hércules y Saviniano de Bergerac.

Con grandes muestras de dolor, Cyrano volvió a quejarse:

—¡Ay! Me parece que le dió un calambre a mi espada...

Tirando de la suya, Valvert aceptó el reto:

—¡Sea!

A un lacayo, el Vizconde entregó su sombrero y su bastón.

—Quiero enseñaros una estocada, que vos debéis ignorar de seguro.

—¡Coplero!—chilló Valvert con desprecio.

—No, poeta. Y voy a componer una balada mientras que con vos me bato.

Y antes de sacar la espada, declamando, Cyrano anunció:

«Duelo rimado
en el palacio de Borgoña habido
entre un poeta, Bergerac llamado
y un Vizconde insolente y presumido.»

—¿Qué es eso?—preguntó Valvert en el mayor grado de excitación.

—El título.

Los curiosos del patio hicieron plaza, formando círculo, mezclándose los marqueses y los militares con los burgueses y el pueblo, mientras los pajes se encaramaban unos sobre otros para ver mejor y las mujeres se ponían de pie en los palcos.

En guardia ya Valvert, Cyrano, cerrando los ojos, dijo:

—Un momento: busco mis consonantes...
¡Ahí va!

Y tirando el sombrero y dejando caer la capa, comenzó a componer la balada que había prometido:

«Tiro con gracia el sombrero,
la capa gallardamente
dejo caer; sonriente
y ágil, mi espada requiero.
Como Scaramouche ligero,
lindo como Celadón,
te prevengo, Myrmidón,
que al finalizar te hiero...»

Chocaron las espadas. Un instante, Valvert, loco de furor, acometió con rabia, sin que Cyrano retrocediese ni se alterase, como si aquello fuese cosa de juego.

«Cortarte las alas quiero.
¿Por dónde mecharé el pavo:
por la pechuga, o el rabo?...
¿Una en segunda? La espero.
Fino volteá mi acero.
Las cazoletas—din-don—
doblan por ti... En el alón
al finalizar te hiero.»

Acosado por Bergerac, Valvert había retrocedido, y las armas, al cruzarse, hicieron que los hombres se tropezaran, sin que

Cyrano aprovechase aquella circunstancia para desembarazarse de su adversario.

Apartólo de sí, empujándolo, y prosiguió el duelo.

«Falta un consonante en *ero*.
Torpe al refiir como un niño
y más blanco que el arniño,
tú me lo das: majadero.
Pára este golpe certero.
¡Tente firme, Laridón!
Cierro la línea. Atención,
que al finalizar te hiero.»



Acosado por Bergerac, Valvert había retrocedido, ...

En este segundo encuentro, la furia de Valvert habíase convertido en un terror que le hiciera perder toda serenidad, dando golpes a diestro y siniestro, sudoroso y lívido.

Y Cyrano anunció con solemnidad:

«Llegó tu instante postrero.
Al quite estoy; me retiro...
¡Una! ¡Dos! ¡Ahí va! ¡Me tiro!...»

La espada de Bergerac hundióse en el cuerpo del Vizconde, que vaciló, cayendo en brazos de sus amigos.

Y Cyrano, levantando su arma y saludando, concluyó:

«¡Y al finalizar te hiero!»

Un «¡ah!» prolongado de los espectadores, a los que el desenlace del duelo y su desarrollo produjeron un gran entusiasmo, puso término al silencio.

Brotó espontánea la aclamación. En los palcos aplaudían las mujeres, arrojando flores y pañuelos al vencedor. Ragueneau, entusiasmado, bailaba. Y mientras los amigos del Vizconde sellevaban a éste, los militares acercábanse a Bergerac para felicitarlo.

Sólo Lebret, el buen amigo, sonreía tristemente.

Estrujado por la multitud, Cyrano estrechaba las manos que se le tendían, oyendo a sus aclamadores.

Un mosquetero corrió de pronto hacia el cadete.



— «... ¡Y al finalizar te hiero!»

— Permitidme... ¡Sois valiente!
Cyrano apretó la mano del mosquetero y preguntó:

— ¿Quién es?

— D'Artagnan — le contestaron.

Seguiese gritando alrededor del héroe. Y

he aquí que Roxana vino también a felicitarle.

La expresión de Cyrano se trocó, manifestando angustia, alegría y ansiedad al ver a su prima. Ahora era él quien parecía turbado. Se inclinó galante, besó la mano de Roxana y oyó sus plácemes con una emoción que nadie pudo adivinar.

Aun la miraban sus ojos, cuando Lebret le cogió de un brazo.

—¡Imprudente! He de hablarte.

—Deja que salgan.

Poco a poco, el público abandonó el teatro. Cyrano y Lebret salieron los últimos.

—¿Por qué has interrumpido la representación? ¿Qué daño te había hecho Montfleury? —preguntó Lebret. —Tu algarada ha producido muy mal efecto, y con tu jactancia te has conquistado el enojo de un actor célebre y la enemiga del de Guiche y sus amigos.

—Bueno, peor para ellos.

—No, peor para ti. Es una locura ese tu afán de crearte enemigos.

Los dos cadetes habían llegado en su paseo a una plazuela. La noche era de una placidez maravillosa. Respirábase la atmósfera tibia y perfumada de mayo. Un silencio, apenas alterado por ligeros rumores, llenaba aquel lugar. Al soplo liviano del

viento ondulaban las copas de unos árboles, cuyos troncos proyectaban su sombra en la tierra. Y fué allí donde Cyrano descubrió a su amigo el secreto de su corazón.

—Dime en confianza, ¿por qué odias a Montfleury?

—Porque ese sátiro, pese a su panza, aun se cree seductor, y un día atreviése a poner en ella sus ojazos de rana...

—¿Cómo? ¿En *ella*?... ¿Amas acaso?

Cambiando de tono, con una amargura inmensa, Cyrano replicó:

—¿No es posible que yo amara? Pues bien, amo.

—¿Pero quién es ella?

—Adivinalo.

—Ahora comprendo; es Magdalena Robin, tu prima.

—¡Sí, Roxana!

—Pues si laquieres, ¿qué haces que no se lo dices?

Titubeó Bergerac; luego, con una voz preñada de dolor, en la que se adivinaban lágrimas contenidas, dijo:

—Mira mi cara, y dime si puedo alimentar esperanzas... ¡Bah! ¡No me forjo ilusiones!

Y con palabras de angustia refirió todas sus tristezas de amante que se da cuenta de su fealdad monstruosa y no abre su alma a la esperanza por miedo al desengaño.

—Tú no sabes, Lebret, lo que sufro y lo que he sufrido. ¡Verla casi todos los días, oirla, admirarla, morirme consumiéndome en adoración silenciosa... y no poder decirle que la quiero!... Muchas veces viendo a las parejas de amantes con las manos entrelazadas, pienso en la emoción de tener al lado a la mujer que amo, de hablarla en voz baja y de estrecharla en mis brazos...

En el silencio de la plaza, la voz sonaba con una temblorosa ternura. Transfigurado por la evocación, Cyrano exaltábase elevando su alma al cielo de sus ilusiones.

—Un beso—añadió,—un beso en sus ojos, en sus mejillas y en sus labios... ¡Cuántas, cuántas veces me ha enloquecido la idea de este beso que nunca podré dar! Y, sin embargo, sueño y olvido, hasta que de pronto miro mi sombra ridícula proyectada en la tapia de aquel jardín...

Y Bergerac señaló a Lebret el muro que partía de la puerta de la casa de Roxana, frente a la que se encontraban.

—¿Entonces vienes aquí con frecuencia?
—Todos los días, a soñar un poco.
—¡Pobre amigo mío!—exclamó conmovido Lebret.

—¡Pobre! ¡Y tan pobre!... Nunca podré llenar la soledad en que mi pasión vive.

Lebret trató de infundirle ánimos.

—¿Sabe ella que la amas?

—No.

—Pues no te desesperes; tu valor y tu ingenio acaso conquisten su corazón.

—¡Locura es pensarla!

—¿Por qué? La misma Roxana ¿no siguió tu duelo trémula y anhelante?

—¿De veras?

—Te lo aseguro.

Guardaron silencio un instante. Bergerac parecía haberse sumido en éxtasis, recordando el momento en que ella le había felicitado en el Palacio de Borgoña. Y a pesar de su rostro, en que la nariz mostraba su fea enorridad, tal era su expresión que se dijera que su fealdad acababa de desvanecerse.

La mirada de Cyrano se enturbió de pronto viendo abrirse la puerta de la casa de Roxana.

—¡Su dueña! ¡Cristo me valga!

En seguida, reponiéndose después de su exclamación, advirtiendo que la dueña le hacía una seña, se le acercó, separándose de Lebret.

La dueña hizo una gran reverencia al catedete.

—Mi ama desea ver a su valiente primo.

Como trastornado, dudando, Cyrano preguntó:

—¿Verme?

—Veros y hablarlos en secreto.

—¿Hablarme?

—Al despuntar la aurora—prosiguió la dueña,—irá a San Roque. ¿No sabéis de un sitio discreto donde, al salir de misa, pudiera veros sin que peligre su recato?

Tartamudeando, confuso y aturdido, Bergerac dijo:

—En casa...

Le faltaba la voz. Su emoción era tanta que las ideas huían de su pensamiento.

—...de Ragueneau, el pastelero.

—¿Dónde vive?

—En la calle de San Honorato.

—A las siete irá allí.

—Y allí la espero.

Volvió a saludar la dueña y, al verla desaparecer en el portal de la casa de su prima, Cyrano, casi desvanecido por la impresión que acababa de recibir, cayó en brazos de Lebret.

—¡Es ella quien me cita!

—¿No te dije yo que no debías perder la esperanza?

Irguióse Bergerac y, con fuego en las miradas, fuera de sí, exclamó:

—¡Ella recuerda que existo!... Ya me basta: ¡pensó en mí!

Una loca excitación se apoderó de él. Las fuerzas irreprimibles de su temperamento le hacían desechar no sabía qué empresa o aven-

tura que acometer para consumir sus energías.

—Vámonos—dijo a Lebret.

Lo empujaba, lo arrastraba tras sí.

—¿Qué te pasa?

—Vamos, pronto... Necesito... ¡No sé lo que necesito! Me vuelvo loco... ¡Mañana, mañana la veré para decirle que la quiero!... ¡Oh, amigo mío! ¡Sabré decírselo!

Se atropellaba al hablar; marchaba deprisa, deseando correr, huir, gastar el tiempo con su impaciencia.

—¡Ah, Lebret! ¡Si surgiera ahora un enemigo!... No un adversario sólo, no; ciento quisiera para acometerlos a todos y vencerlos con el nombre de Roxana en los labios... ¡Ven, busquémoslos!

Y sin poder contenerlo, Lebret siguió a Cyrano, arrastrado por él y sin que ninguno de los dos supiera a dónde se dirigían.

II

En casa de Ragueneau comenzaba el trabajo al amanecer. Obesos cocineros y jóvenes pinches iban de una parte a otra con platos, pastas y asados.

Ardía el fuego; bullían los caldos en las marmitas y un runrún de voces, avisos y órdenes corría de unos a otros, en tanto Ragueneau, pastelero y poeta, se inspiraba componiendo versos.

—¡Piñonate! —gritó un pinche, poniendo una fuente en una mesa.

—¡Flan! ¡Merengues! —dijo otro.

—¡Estofado!

—¡Pastelillos!

Estos gritos arrancaron a Regueneau de sus poéticas meditaciones, y, dando paz a las musas, se puso a dirigir a sus empleados, dedicándose a la tarea prosáica de adornar con unas ramitas de perejil un asado de cabrito.

Lisa, su esposa, apareció llevando en sus

blancas manos una pila de platos. Era una graciosa mujer, guapa de veras, llena de carnes sin ser gruesa, alegre de carácter y a la que gustaban demasiado los bigotes de un arrogante mosquetero.

—A las seis de la mañana llegó Cyrano.

—Ragueneau, necesito que nadie me estorbe dentro de una hora, pues a las siete vendrá a verme una dama.

—Descuidad; yo vigilaré.

Cyrano se volvió para responder al saludo de un mosquetero, que no bien entró fué agasajado por Lisa.

—¿Y ése? —preguntó Bergerac.

—Es un capitán amigo de mi mujer.

Durante unos segundos, el primo de Roxana observó la animada conversación del militar y de la mujer del pastelero. Su ceño se frunció.

—¡Lisa!

Ella estremeciése y acercóse a Cyrano.

—¿Está ese capitán poniendo sitio a vuestra plaza? De Ragueneau soy buen amigo, le quiero y no permito que en mis barbas le burle nadie...

—¿Por qué me habláis así? —preguntó Lisa ofendida.

—Sois discreta; al buen entendedor, una palabra basta.

Herida en su vanidad, Lisa volvió al lado del mosquetero.

—¿No le habéis oído? Supongo que ahora mismo le arrojaréis vuestro guante a las narices.

El capitán se inmutó.

—Su nariz... ¡guarda!

Y se alejó vivamente, seguido de ella.

Cyrano miró el reloj. Las seis y media habían dado. Encaminóse entonces a la habitación que le destinara el pastelero, cerró la puerta, tomó asiento a una mesa y se puso a escribir.

Al poco, llamó Ragueneau.

—¿Qué queréis?

Ragueneau contemplaba lleno de admiración al cadete.

—Yo presencie vuestro duelo en el teatro.
¡Qué admirable!

—¡Ah! —dijo con indiferencia Cyrano.

—¡Un duelo en verso!

Y, cogiendo un asador, el pastelero comenzó a dar estocadas al aire, gritando:

—¡Que al finalizar te hiero! ¡Que al finalizar!...

—¡Basta, Ragueneau! Déjame solo.

Faltaban pocos minutos para la siete; de un instante a otro llegaría ella, Roxana, la mujer de que él estaba enamorado y que por no sabía qué feliz casualidad, diérale una cita. Tan fuera estaba aquello de lo que esperaba, que Cyrano sentía perder su presencia de ánimo. ¿Le amaría ella algún día?

¿Y cómo atreverse a soñarlo? ¡Se encontraba tan feo! ¡Era tan horrible su nariz!... ¡Podía amarlo mujer alguna después de verlo?

Inclinado sobre la mesa, su pluma febril e inspirada redactaba una carta, tejiendo con bellas frases la historia de su pasión. Todas las flores de los jardines líricos daban su perfume en los versos nerviosos con los que Bergerac decía su amor profundo, su amor sin límites por Roxana.

Y el tiempo se iba abriendo paso para dejar caer en la copa de la esperanza la hora de la cita.

No lejos de allí, Lignière, en pie aquella mañana mucho antes de lo que cabría esperar de él, preguntaba a unos cuantos cadetes, que había encontrado al paso:

—¿No conocéis la última hazaña de Cyrano?

—¿La de su duelo con el vizconde de Valvert?

—No; eso no tuvo importancia... ¡Ah, si supierais!

El fresco de la mañana tenía despejada la cabeza del poeta y suelta su lengua, con la que comenzó a refedir lo siguiente:

—Anoche recibí un billete anunciándome que cien hombres enviados por el conde de Guiche me esperaban en la Puerta de Nesle, por donde yo debía pasar, para hacerme pagar cara la canción que conocéis...

Aquel principio era tan prometedor, que los cadetes no respiraban casi, pendientes de los labios del poeta, el cual prosiguió:

—Se lo dije Cyrano, a quien encontré con unos amigos, y todos juntos nos dirigimos a la Puerta de Nesle...

—¿El solo se atrevió con los cien?—preguntó con entusiasmo uno de los cadetes.

—¡Y con doscientos que fueran!—exclamó Lignière.

—Proseguid.

—Nos pusimos en marcha, y llegamos al lugar en que me esperaban los matones enviados por el de Guiche contra mí. Cyrano avanzó solo... ¿Y cómo contaros lo que luego pasó? ¡Fué soberbio, inenarrable!

Aunque era grande la imaginación del poeta, aquella vez, para decir la verdad, no necesitaba otro estímulo que el recuerdo.

La brutal excitación que a Bergerac le había hecho sentir el aviso de la dueña, pusiera en su sangre el fuego del sentimiento heroico, en sus nervios una terrible tensión y en sus músculos una fuerza que a todo se atrevía. ¿Qué significaban entonces para él cien hombres?

Una hora antes le había dicho a Lebret:

—¡Si surgiera ahora un enemigo!... No un adversario solo, no; ciento quisiera para acometerlos a todos y vencerlos con el nombre de Roxana en los labios...

Y he aquí que encontraba lo que buscaba; el odio del conde de Guiche por su amigo Lignière, le ponía delante el enemigo deseado.

Ni a pensarlo se detuvo. En cuanto él y sus amigos llegaron a la puerta de Nesle, desenvainó la espada y rogó a sus compañeros:

—Y al andar yo a cintarazos, no me ayudéis, así me hagan pedazos.

Y sólo surgió ante los que esperaban a Lignière y a todos los acomelió. Salvaguardando las espaldas en la esquina formada por los muros de un convento, su acero vibraba sacudiendo golpes, rechazando a los cien que luchaban contra él, hiriendo a éste, enzarzando a este otro, derribando a aquél y al de más allá, y en poco tiempo su arte y su valor tendieron por el suelo tantos adversarios, que los pocos que quedaban en pie huyeron vergonzosamente.

Este fué el relato que hizo el poeta a los cadetes de la guardia, y concluyó:

—Venid al lugar de la batalla y os convenceréis de la magnitud de la aventura.

Todos lo siguieron, y vieron en los alrededores de la Puerta de Nesle a más de un muerto y el suelo sembrado de armas y chambergos, que los que huyeron habían abandonado en el lugar de la refriega.

Acababan de dar las siete.

Cyrano concluyó la carta que se había puesto a escribir a Roxana y se la guardó.

—Va a llegar—se dijo.—Si vislumbro un destello de esperanza, sellaré el labio y que hable por mí este billete.

Con el rostro cubierto con un antifaz, el rostro de Roxana apareció detrás de los cristales. Cyrano se apresuró a abrir.

—Entrad, señora.

Luego, viendo a la dueña, llevóla fuera a empellones.

—Decidme una cosa: ¿sois golosa?

—Al dulce no le hago dengues—repuso la dueña.

La hizo sentarse a una mesa que rebosaba de pasteles, a los que aun añadió los que pudo llevar, arramblando con todos los que había por allí.

—Y hasta haberlos concluído, no os mováis—le dijo.

—¡Oh, qué delicia!—exclamó la dueña llenándose la boca.

Cyrano apresuróse a volver al lado de su prima, cerró tras sí la puerta y descubrióse.

—¡Ah, Roxana! ¡Vos aquí! Mi agradecimiento...

—Yo soy la agradecida.

—No veo la razón.

—Ayer triunfasteis de un insolente, librándome de un grave peligro.

—¿Valvert?

—Sí. De Guiche, afanoso de que yo le ame, me lo había destinado por marido.

—¿Un marido postizo?

Roxana bajó los ojos. Cyrano se aproximó a ella, que se sentó sin advertir la turbación de su primo.

—¿Y bien?—preguntó él.

—Escuchad... Mas para la confesión que voy haceros quiero que antes me dé valor el recuerdo de nuestra niñez, quiero volver a encontrar a aquel pequeño Cyrano que jugaba conmigo... ¿Habéis olvidado aquellos días?

—Nunca... Cuando niña os llamábais Magdalena. ¡Y qué hermosa estabais de corto!

Retrocediendo en el tiempo, los dos volvieron a encontrarse en aquellos años de su infancia en que jugaban como hermanos. Así fué como Bergerac había empezado a quererla. Entonces eran niños aún. Nada los turbaba. Ahora...

Había llegado el momento de la confesión. Una esperanza que encendía su alma, ponía en los ojos de Cyrano un brillo extraño y una insólita ternura.

—¿Qué le iría a decir ella?

—Yo siento amor por un hombre—aseguró de pronto Roxana.

Tembló Cyrano y sólo pudo decir:

—¡Ah!

—Que no sabe que yo le amo... Pero debe saberlo, si es que todavía lo ignora...

Respondían tan bien aquellas palabras a la situación de Cyrano, que éste comenzó a dar alientos a su esperanza.

—Es un joven que hasta ahora me amó sin atreverse a hacerlo ostensible. ¡Sirve en vuestro regimiento!

—¿Qué?

—¡Y en vuestra compañía!

El creyó morir de dicha. ¿Le amaría ella?

—Es joven, noble, audaz, valiente y hermoso.

Lívido, Cyrano se levantó impetuosamente.

—¿Hermoso?

—Sí, hermoso... Pero ¿qué os pasa?

El rostro del hombre se había contraído con angustia. Cuando ya se creía a punto de alcanzar el límite de sus ilusiones, a las que parecía que la realidad iba a darle forma, inesperadamente todo se derrumbaba.

—¿Qué tenéis? —volvió a preguntarle ella.

—¡Oh, nada!... —Y no le habéis hablado hasta ahora?

—Sólo nos hemos mirado en la calle y en la Comedia... Se llama Cristián, barón de Neuvillette.

—Pues el tal no es cadete.

—Sí, desde esta mañana.

—¿Y para eso me llamasteis? —preguntó Cyrano, logrando dominarse, callando lo que hubiera querido decir y siendo de nuevo el que hasta entonces había sido.

—A ello me indujo el temor de que, según me han dicho, cuando logra entrar en vuestra compañía quien no es gascón...

—Por probar su aliento, le retamos a combate, ¿no es eso?

—Sí. ¡Cuánto he temblado por él! Por eso pensé que a vos os fuera fácil protegerlo contra todos.

Inclinándose, procurando sonreír, con la muerte en el alma, Cyrano prometió:

—Mandad y os obedeceré.

—¿Le defenderéis? —preguntó Roxana con una alegría tan viva en su rostro que a él le hizo daño.

—Sí.

—¿Buscaréis su amistad?

—La buscaré.

—¿Le evitaréis todo duelo?

—Como pueda.

—¿Qué agradecida os quedo!

Por encima de su amor, por encima de todo, él ponía la dicha de la mujer que amaba. Suya sola seguiría siendo su pena. Unas horas, por burla de la fortuna, soñó alcanzar la cumbre de sus ilusiones. Pero todo había sido un sueño.

Ella seguiría siendo la amada que nunca

conocería la verdad de su pasión. Y él seguiría siendo el valiente e ingenioso cadete de la guardia, célebre por su nariz, famoso por sus estocadas y conocido por su buen arte para componer versos... Y además, primo de Roxana.

Satisficha del apoyo de Bergerac, la joven volvió a ponerse el antifaz para salir.

—Gracias, amigo mío... Decidle que me escriba.

—Se lo diré.

Camino de la puerta, ella se detuvo, echó con la mano un beso a su primo y repitió:

—Que me escriba.

—Lo haré así.

—Adiós.

El la saludó, vió cómo transponía la puerta y quedóse inmóvil, fijos los ojos en el suelo. Una amarga sonrisa burlaba la dureza de su rostro, marcado por el dolor.

Llamaron. Abrióse la puerta, y viendo a Cyrano, su capitán, Carbón de Castel-Jaloux, que era el que había llamado, se puso a dar voces:

—Ahí están treinta de mis cadetes. Todos conocemos tu hazaña... Sal, deseán verte.

Con alguna sequedad, Cyrano negóse a ver a nadie. El capitán dirigióse a la puerta.

—¡El héroe se niega! ¡Tiene un humor endiablado! —gritó a los que estaban fuera.

En la pastelería entraron con rumor de

sables y de espuelas los compañeros de Bergerac, y éste tuvo que recibir sus felicitaciones.

Lebret, que venía entre ellos, preguntóle en voz baja.

—¿Y Roxana?

—Calla —pidió él.

Ragueneau apareció también. Acababan de referirle el encuentro de la Puerta de Nesle y estaba loco de contento.

Después de abrazar a todos sus compañeros, Cyrano quiso retirarse con Lebret; pero un rumor vino de fuera y alguien anunció:

—El conde de Guiche.

Todos se apartaron, dejando paso a de Guiche, que llegaba con su escolta de oficiales y marqueses.

El Conde avanzó hasta Cyrano, al que saludó cortésmente.

—Vengo a demostraros mi admiración por vuestra hazaña de ayer noche.

Cyrano se inclinó.

—Me honra mucho su benevolencia.

De súbito apareció un cadete llevando ensartados en su espada varios sombreros grasiéntos y rotos.

—Mira, Bergerac, la caza que hemos hecho hoy al amanecer. Son los despojos de los que tu valor puso en fuga.

Luego, confidencialmente, le preguntó:

—¿Qué hago con ellos?

Cyrano observó a de Guiche. Sabía que él era quien había pagado cien hombres para que castigaran a Lignière. Y, cogiendo la



—Os los presento, señor; devolverlos podéis a los amigos.

espada con los sombreros ensartados, los hizo caer a los pie del Conde.

—Os los presento, señor; devolverlos podéis a los amigos.

La violencia del insulto hizo que los oficiales de la escolta de Guiche llevaran las

manos a la espada con el propósito de castigar a Cyrano. Pero el Conde, con un gesto, contuvo a los suyos y despidióse de los cadetes, que se quedaron riendo de la zumba que su bravo compañero había gastado al hombre que estaba casado con la sobrina del Cardenal.

A quien disgustó esta conducta fué a Lebret.

—¿Estás loco? —le dijo:— ¿Así desdeñas la fortuna que de Guiche ha querido ofrecerte viiniendo a buscar tu amistad?

—Así la desdén, Lebret.

El tono de la voz de Cyrano impresionó a su amigo.

—Respeto tu proceder —dijo;— pero ¿no es cierto que ella no te ama?

Cyrano miró a Lebret y guardó silencio.

—Cuéntanos tu hazaña —pidió de pronto un cadete.

En la puerta presentóse Cristián, que avanzó confundiéndose con los demás cadetes.

Al ver al novicio, tres compañeros se le acercaron y le hablaron por turno.

—Permitidme una advertencia: no mentéis nunca la soga en casa del ahorcado.

—¿Qué es ello? —preguntó Cristián.

El cadete llevóse la mano a la nariz.

—¿Estáis enterado?

—No profiráis nunca esa palabra en voz alta—advirtió otro.

Y un tercero dijo:

—Una mirada, un solo gesto... y estáis perdido.

Y los tres, mirándole fijamente, señalaron de nuevo la nariz.

Cristián levantóse, dirigiéndose a Carbón de Castel-Jaloux, que, hablando con un oficial, fingía no darse cuenta de nada.

—¡Mi capitán!

Castel-Jaloux midió con una mirada al joven.

—¿Caballero?

—Cuando a un forastero le provocan matones meridionales, ¿qué debe hacer?

—Probar que, aun siendo del Septentrión, también puede ser valiente.

Cristián saludó:

—Gracias, mi capitán.

El barón de Neuvillette, sabiendo ya lo que tenía que hacer, sentóse en una silla en medio de los cadetes que rodeaban a Cyrano, esperando escuchar el relato de su hazaña.

No pudiendo rehuir lo que le pedían sus amigos, Bergerac, clara la voz, elegante el gesto, empezó su narración:

—Estaba la noche obscura, tanto que yo no veía más allá de...

Interrumpiendo, Cristián añadió:

—La nariz.

Sorprendidos de la temeridad del barón de Neuvillette, los cadetes se levantaron mirando con asombro a Cyrano, que se habían detenido para preguntar:

—¿Quién es el que ha hablado así?

—Es el barón de Neuvillette—dijo el capitán.

Cyrano se reprimió y replicó vivamente:

—¡Ah! ¡Sí! ¡Basta!...

Palideció en seguida, sonrojóse luego, miró a Cristián como para arrojarse sobre él.

—Yo...—dijo.—Está bien.

Y con voz sorda, que revelaba su furor, exclamó:

—¡Pardiez! Como os decía... Estaba obscura la noche e iba pensando en los cien mandarines que tenían asustado a Lignière, y deseando que alguno se atreviera a mirar mi...

—Nariz—interrumpió de nuevo Cristián, mientras se balanceaba en la silla con indiferencia.

Atragantándose, rojo de ira, vacilando, Cyrano continuó entre el estupor de los cadetes, que no podían comprender su conducta:

—Llegamos a la Puerta de Nesle y, al doblar la esquina, uno me tira...

—Un papirotazo—adelantóse a decir Cristián.

—¡De diabos con mil legiones!—gritó Cyrano dando un salto hacia el interruptor.

Los cadetes se precipitaron para ver lo



Asustados de la cólera de su amigo, todos retrocedieron...

que pasaba: pero Cyrano, al encontrarse delante de Cristián, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y prosiguió, afectando sonreir:

—Cien miserables matones se arrojaron contra mí; llega uno embistiéndome por detrás, y ¡zas! pero me revuelvo y...

—¡Zis!—gritó Cristián.

Cyrano no pudo contenerse más.

—¡Pardiez! ¡Salid todos!—ordenó.

Asustados de la cólera de su amigo, todos retrocedieron hacia la puerta, murmurando:

—¡Ya el león despierta!

—Dejadnos solos—insistió Bergerac.

Todos salieron. Cyrano y Cristián, frente a frente, se miran unos instantes.

Y él, recordando la promesa que había hecho a Roxana de protegerlo de todo y contra todos, sorprendió al barón de Neuvillete diciéndole:

—¡Abrázame!

Cristián se puso en pie.

—¡Señor!

—¡Así me gusta! ¡Ven a mis brazos! ¡Esto es ser un valiente!

Cada vez más desconcertado, Cristián preguntó:

—¿Me diréis?...

—Soy su hermano...

—¿Hermano de quién?

—¿De quién ha de ser? De ella, de Roxana. ¿No lo entiendes aún?

Cristián corrió entonces hacia Cyrano y lo abrazó.

—O cosa parecida—rectificó Bergerac;

—soy su primo.

—¿Me ama acaso?

—Tal vez.

—Me perdonaréis por...

—No hables más... Es necesario que hoy mismo le escribas.

—¿A Roxana? —dijo con sobresalto Cristián.

—Lo quiere y has de obedecerla.

El barón de Neuvillette sintió que su alegría amenguaba ante esta obligación que ella parecía imponerle.

—Me pierdo si le escribo o hablo —dijo.— Soy torpe, y me mata la vergüenza. Tengo el ingenio de un rudo militar y nada valgo si me encuentro delante de una mujer.

Una idea nació en el pensamiento de Cyrano. Ya que no podía ser amado, ¿por qué no hacer de Cristián el intérprete de su alma? Así, sin adivinarlo, ella le querría a través de su amante.

—¿Serás capaz de repetir las frases que yo te enseñe? —propuso de pronto.

—Me propones...

—Sí, dí: ¿lo quieras? ¿quieres que mi alma pase de mi jubón de búfalo a tu jubón bordado?

—Bien, acepto, pero ¿y la carta? Yo nunca la acertaré a escribir y ella la aguarda.

Cyrano acordóse de la que había escrito horas antes, y se la mostró al estupefacto. Cristián.

—Sólo le faltan las señas... Nosotros, los

poetas, siempre llevamos cartas en nuestros bolsillos... Toma.

—¿Y no habrá que cambiarla un poco?

—Nada... Creerá que ha sido escrita para ella.



—¿Serás capaz de repetir las frases que yo te enseñe?

En el colmo de su turbación y alegría, Cristián arrojóse en brazos de Cyrano.

Entretanto, del otro lado de la puerta los cadetes con su capitán y Ragueneau esperaban el final de aquel incidente, que, a juicio de ellos, tendría que ser de lo más

deplorable para el barón de Neuvillette, al que ya todos daban por muerto.

—¡Jigote de él hará! —dijo uno.

—¡No va a dejar ni una migaja del muchacho! —exclamó otro.

—¡Estoy más blanco que un plato! —dolióse Ragueneau.

Transcurrieron algunos instantes. Las miradas de los cadetes iban hacia la puerta, esperando ver aparecer a Cyrano con su espada manchada de sangre.

—¡Señor! ¡Lo que debe estar pasando ahí dentro! —lamentó un compasivo.

—¡Voy a morirme del susto!

—¿No creéis oportuno que procuremos averiguar lo que haya sucedido? —preguntó Castel-Jaloux.

—Sí, mi capitán.

Los cadetes de la guardia se aproximaron lentamente a la habitación en que habían dejado solos a sus dos compañeros.

—¡Qué silencio! ¡Esto da espanto!

El más atrevido entreabrió la puerta.

—¡No me atrevo ni a mirar!

Y al alzar los ojos, todos pudieron ver a los dos rivales abrazados. Alzóse un coro de exclamaciones. Quien más y quien menos, parecía haber recibido una decepción.

—¿Qué es esto?

—Nuestro diablo es dulce como un apóstol —murmuró Castel-Jaloux.

El mosquetero amigo de Lisa, que entró con los cadetes, cobró bríos y dijo:

—¿No hay cuidado en hablar de narices, según eso?...

Acercóse a la puerta y llamó:

—Lisa, ven.

La mujer de Ragueneau acudió en seguida.

—Vas a ver cómo ahora me cobro la cuenta de esta mañana con el caballero de Bergerac —aseguró.

Y aspirando el aire como si no tuviera bastante para sus pulmones y retorciéndose el mostacho, encaminóse hacia Cyrano, diciendo:

—¡A fe que es raro este olor!... ¿Me diréis a qué huele?

Bergerac revolvióse rápidamente.

—¡A palo santo!

Y su pesada mano abofeteó al farsante, poniéndolo en fuga, mientras los cadetes, volviendo a encontrar en él al Cyrano de siempre, daban saltos de alegría, gritando y haciendo piruetas.

El rey alzó la cabeza y llamó:

—Conde de Guiche.

El de Guiche destacóse del grupo de nobles que formaban la Corte del soberano.

II

Tres meses han pasado.

Una mañana, durante una recepción del rey Luis XIII, un palaciego anunció:

—Un enviado de Su Eminencia el cardenal Richelieu, solicita ser recibido por V. M.

El pálido rey de los ademanes cansados dió orden de que se introdujera al mensajero de su primer ministro.

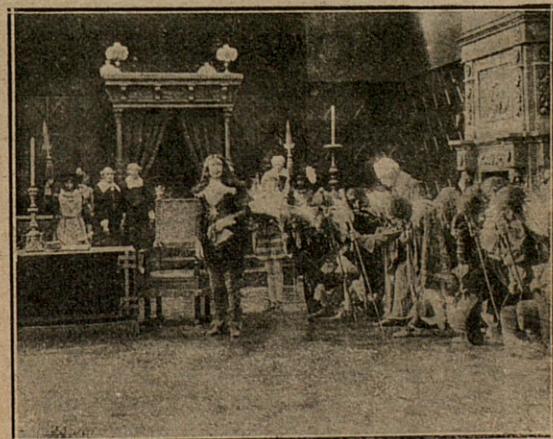
Su Eminencia roja enviaba al soberano un pliego, que Luis XIII abrió, fijando en él la vista fatigada.

Decía así:

«La extrema necesidad de descanso que necesitan vuestros ejércitos, hace preciso el inmediato envío de tropas de refresco a las murallas de Arrás. Convendría que al frente de las tropas viniera el conde de Guiche.

Saluda muy humildemente a V. M. su muy devoto servidor,

*Armando Du Plessis
Cardenal Richelieu.»*



Una mañana, durante una recepción del rey Luis XIII, ...

—Leed este pliego y cumplid los deseos del Cardenal.

Poco después concluía la recepción de Luis XIII, y el de Guiche se dirigía rápidamente a su palacio.

Tres meses habían pasado desde el día en

que Cristián mandó a Roxana la carta escrita por Cyrano.

Magdalena Robin seguía viviendo en la misma casa, sita en una plazuela del viejo Marais. Su dueña era la que ya conocemos; y a ella le refería el buen Ragueneau sus desventuras económicas y matrimoniales en esta mañana en que llegaron a París cartas de Richelieu para el rey.

Con una sonrisa de commiseración burlona, la dueña oía al pastelero, que contaba sus penas con ojos llorosos:

—Sí, Lisa ha huído con un mosquetero, y yo, viéndome solo y en la miseria, quise ahorcarme. Cyrano me salvó y, además de socorrerme, ya sabéis que luego me ofreció por mayordomo a su prima. ¡Qué alma tiene! Es tan valiente como generoso.

—Pero, cómo caísteis en la miseria?—preguntó la dueña.

—Fué muy sencillo. Lisa amaba a los guerreros y yo a los poetas, y así, lo que Marte dejaba se lo comía Apolo. Esto no podía durar mucho, y en efecto, a los pocos días de abandonarme mi mujer, vinieron los acreedores y hasta la muestra de mi tienda se llevaron.

—Mucha ha sido vuestra desgracia.

—Sí, mucha; pero aun lo hubiera sido mayor a no acudir en mi ayuda el buen caballero Bergerac.

En una habitación contigua, Roxana hacía su tocado. Estaba deliciosa en su traje mañanero. Las alegrías del amor exaltaban su belleza, poniendo más luz en sus ojos y un rosa más fino en sus mejillas de seda.

Con el ingenio de Cyrano y la arrogancia varonil del barón de Neuvillete, los amores de Roxana tenían el atractivo de un madrigal.

Tres meses habían pasado desde el día en que comenzaron sus amores, y todavía los labios de Cristián no dijeron palabra alguna que antes no le fuese dictada por Bergerac. Así, entre los dos, iban componiendo las estrofas de este idilio en que el alma del feo cadete y la gracia gentil del Barón intervenían para hacer dichosa a Roxana.

Por la ventana abierta, ella vió venir a su primo y a Cristián.

—Salid—dijo a la dueña—y recoged al carta que os dé el barón de Neuvillete para mí.

Cristián, en efecto, entregó a la dueña una carta.

—Espero la respuesta.

Roxana leyó el canto apasionado con que todos los días él la saludaba. Entusiasta de las bellas frases, el lirismo y la emoción que palpitaban en todo lo que le escribía su amante hacían cada vez más fecundo en

promesas su amor. Y después de leer la carta, la besó apasionadamente.

Algunos minutos más tarde, la dueña entregaba la respuesta de su señora a Cristián, que leyó confuso y turbado:

«Para esta noche, aquí mismo.»

Horas después partían para Arrás los primeros cuerpos de tropas pedidos por el Cardenal, mientras de Guiche, cada vez más enamorado de Roxana, se quedaba en París.

Aunque el proyecto de casar a la prima de Cyrano con el vizconde de Valvert había fracasado a raíz del duelo del Palacio de Borgoña, el Conde no perdía la esperanza, y antes de marcharse a Arrás pensaba lograr sus deseos.

—Esta noche—decíase—será mía.

Llamó a uno de sus servidores, al que entregó un pliego.

—Aquí están mis órdenes para los capuchinos del Monasterio; que las ejecuten sin dilación... Yo me quedo aquí hasta mañana.

El objeto del de Guiche era que un capuchino llevase una carta suya a Roxana, en la que le decía que le esperase aquella noche, pues debiendo partir para Arrás a la mañana siguiente, deseaba, antes de marcharse, obtener su amor y las pruebas de que ese amor era cierto.

Los capuchinos recibieron al servidor del poderoso Conde y, enterados de sus instrucciones, dispusieron a cumplirlas del mejor modo posible, comisionando a uno de ellos, más lerdo que listo, para que llevase a Roxana la carta del de Guiche.

Ya de noche; Cyrano y Cristián acudieron a la plaza de Marais.

—Hoy vas a coronarte de gloria a sus ojos—dijo Cyrano a su protegido.—¡Llegó la ocasión!... Voy a enseñarte lo que debes decirle. Vamos a tu casa un momento.

—No, aquí la aguardo.

—¿Sin recibir antes mis lecciones?

—Estoy harto de recibir mis frases prestadas, y de temblar siempre como un niño o un cobarde. Puesto que ella me ha dado pruebas de que me ama, nada me arredra... Puedes marcharte.

Cyrano contempló con asombro a Cristián. ¿Qué iba a hacer aquel loco?

—¿Y si fracasas?—preguntó.

—¿Tan necio soy? He recibido tus lecciones y no en balde. ¡Sabré hablar solo! ¡Sabré conmoverla!

Cyrano procuró ocultar su pena. La determinación de Cristián le tristeaba, porque en su inmenso amor por Roxana él hasta entonces tuviera el consuelo de que ella le amase a través de las palabras y de las cartas del barón de Neuvillette.

Abrióse la puerta de la casa de Roxana.

—Adiós—dijo Cyrano.

Súbitamente, volviendo a sentirse el hombre apocado de siempre, Cristián lo sujetó de un brazo.

—¡Por piedad, no me dejes!

Vestida con un traje blanco y con el velo echado sobre el rostro, Roxana se acercaba.

—Te dejo... Tú te bastas.

Quedóse solo Cristián; vaciló, no sabiendo si huir, siguiendo a Cyrano o quedarse. Pero ya estaba allí Roxana.

Por primera vez se iban a hablar. La mujercita encantadora, que parecía encantada con su traje blanco, reunióse con su amante, presintiendo el goce de oirle decir las dulces palabras que tantas veces él le había escrito.

—No puede estorbarnos nadie—dijo ella.
—Estoy sola.. sentémonos aquí.

Cristián sentóse a su lado, en un banco de la plaza.

—Hablad.

Con voz insegura, él balbució:

—Yo os amo.

Ella cerró los ojos, esperando inundarse de dicha con el temblor de unas palabras apasionadas.

—Eso... ¡Habladme de amor!—dijo.

La turbación de Cristián iba en aumento.



— Te dejo... Tú te bastas.

Se había hecho el vacío en su alma; tenía seco el paladar, le faltaba la voz...

—Yo te amo—pudo decir.

Con los labios entreabiertos, Roxana pidió:

—Bordad el tema.

—Yo...

—Bordad.

—Soy vuestro amante...

—Sin duda, ¡y luego?

Cristián empalideció. Aquello era horrible. No sabía, no podía hablar. Era como si todas las sombras de la noche se hubieran abatido sobre su inteligencia. No se le ocurría nada. ¿Por qué no estaría allí Cyrano para sacarlo del apuro? ¿Por qué no quiso oír sus lecciones? El ahora hubiera repetido sus palabras, que tan bien expresaban sus propios sentimientos.

—¡Sería tan feliz si vos me amaseis!— exclamó.

Roxana tuvo un mohín de desagrado. No, no era aquello lo que esperaba oír.

—¿Por qué tan tibiamente me habláis, cuando el alma ansía abrasarse en vivo fuego?—preguntó —Explicadme de qué manera me amáis...

—¡Oh, mucho!

—Eso es poco.

—Poco?

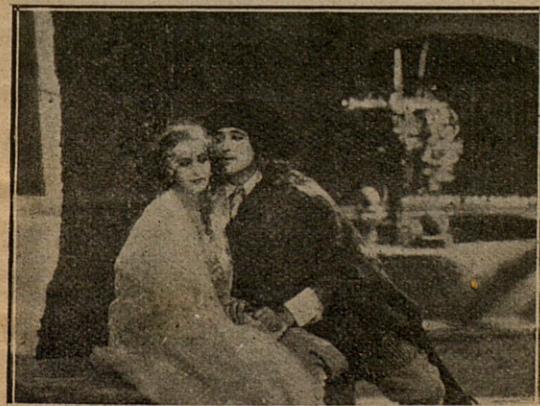
—Sí, poco... Lo que os pido es que cony volved más tarde.

lindos conceptos me reveléis la índole de vuestro cariño.

—¡Yo te amo!

—¿No sabéis decirlo de otro modo?

—¡Yo te adoro!



—¡Yo te amo!

Ante la monótona insistencia de aquel lenguaje frío, Roxana se levantó.

—¿Qué hacéis?

—Nada, con cierta acritud, Roxana

—Se os dispersó la elocuencia; reunidla y volved más tarde.

—Pero...

—Me amáis, lo sé. Adiós.

Con paso precipitado se encaminó a su casa.

—Dejadme que os diga...—rogó él.
Roxana empujó la puerta para entrar.

—Que me adoráis... Ya lo sé.
Y desapareció, dejando sumido en una desesperación sin límites a Cristián.

La puerta de la casa se había cerrado.
Roxana ya no estaba allí.

La voz de Cyrano despertó a Cristián de su amargo sueño.

—¡Triunfaste!

El entonces, dándose cuenta de todo su fracaso, gimió:

—¡Me muero si en este instante novuelvo a su gracia!

—¿Y qué hacer ahora?

Cristián alzó la cabeza y mostró el balcón de la casa de Roxana, en el que se reflejaba la luz del interior.

—¡Va a costarme la vida!—sollozó.

—Habla más bajo.

Un instante de silencio. Cyrano mira al balcón, observa la noche en torno, obscura arriba y abajo, piensa en su pena de amor, y con una idea súbita, dice:

—El daño aun es reparable... No lo merezcas. Colócate debajo del balcón y yo te apuntaré algunas frases. Llámala.

Recogiendo algunas piedrecillas, Cyrano tirólas a los cristales y el balcón se entreabrió.

—¿Quién llama?

—Soy yo, Cristián.

Presumiendo que iba a decirle lo que ya le había oído, Roxana se dispuso a cerrar, diciendo desdeñosamente:

—Habláis muy mal. No me amáis ya.

Pero susurrando, la voz de Cyrano comienza a dictarle a Cristián las palabras que él con tanta facilidad encuentra en su alma de poeta, elocuente porque es el cariño imposible, que nada espera conseguir, quien se las inspira. Y Roxana se detiene con sorpresa, oyendo al barón de Neuvillette:

—¡Que no la amo, dice, cuando ante su belleza seductora ni a hablar acierto!

—Calle, esto va mejor—murmuró ella.

Y, encantada de este cambio, acodóse en el balcón para aspirar el nuevo lenguaje de su amante.

—¿Por qué tan lentamente replica a mi voz la vuestra, Cristián?

Cyrano pujó de Cristián y ocupó su lugar.

—No resistas—le dijo en voz baja;—he advertido que vacilan vuestras frases.

—¿Por qué?—volvió ella a preguntar.

A media voz, Cyrano contestó:

—Porque es de noche y van a tientas en la sombra buscando vuestro oído. ¿No lo comprendisteis?

—¿Y cómo no hallan las más esa dificultad?

—Porque es mi corazón quien las recibe, y es grande mi corazón y pequeña vuestra oreja; además, vuestras frases van aprisa porque descienden, mientras que las más suben.

—Nota que ya suben más de prisa.

—Han adquirido hábito de subir.

—¿Queréis que baje?

—¡No!

—¿Cómo no?

—Aprovechemos la ocasión que se ofrece de hablar sin vernos.

¡Cómo disfrutaba Cyrano diciendo, oculto en las sombras, lo que no hubiera podido decir dejándose ver! Ella creía oír a Cristián, y Bergerac, con este engaño, tomando en la noche la belleza del amante afortunado, descubría toda su alma.

—¡Vos ignoráis lo que son para mí estos instantes! —exclamó.—Si alguna vez fuí eloquente...

—¡Lo fuisteis!

—Nunca hasta ahora he podido hablaros como lo hago.

—¿Por qué?

Advirtiendo que estaba suplantando a Cristián, Cyrano repuso:

—Porque... os hablaba poseído del vér-

tigo que aturde al que recibe las miradas de vuestros ojos.

—Ciento que no es el mismo vuestro acento.

—¡Ciento!... porque en la noche que me escuda, oso al fin ser *yo mismo*, y ser...

Se detuvo, antes de proseguir. En su afán hablaba olvidándose de que él no era el barón de Neuvillette. Y vacilando al principio, seguro luego y cada vez más fervorosamente, empezó a describir con ardimento la fuerza de su pasión... Ella le oía deliciosamente emocionada.

—¡Tú tiemblas, mi bien! —exclamó Cyrano con arrebato.—He sentido descender por entre las ramas el temblor de tu mano.

—¡Sí, tiemblo, y tuya soy, y gimo, y me embriagan tus palabras!...

—¡Oh, yo he sabido causar esa embriaguez! Sólo una cosa os pido...

—Decid...

Cristián, que era feliz oyendo a su amigo expresarse con palabras que él no sabría decir, aprovechó la ocasión, y en voz baja apuntó:

—¡Un beso!

Roxana echóse atrás.

—¿Qué? ¿Pedís?...

—Sí, yo... —tartamudeó Bergerac, perdida a serenidad.

—¿No insistís?—preguntó ella con desencanto.

—No me atrevo.

Cristián le pujó de la capa.

—¿Por qué no te atreves?

—¿Qué estáis diciendo por lo bajo?—dijo Roxana.

—Nada... Sintiendo que os ofendí, me reprendía.

—¡Lógrame por caridad ese beso!—pidió por lo bajo Cristián.

Cyrano titubeó. ¿Iba a lograr para otro lo que nunca sería para él? Tuvo compasión de sí mismo. Pero era su amor tan grande, que encontró en él fuerzas para acceder a los deseos de Cristián, que eran también los de Roxana.

Y, recobrando su voz, añadió:

—Un beso os pedía, sí. ¿Y qué es un beso? Un juramento hecho de cerca, un subrayado de color de rosa...

Roxana sintióse vencida.

—Callad—dijo.

—Y es tan noble un beso, que la reina de Francia, de su boca quiso otorgarlo al más dichoso lord.

—Entonces...

—Cual Búckingham soy fiel, devoto amante...

—¡Y eres como él hermoso!

Cyrano bajó la cabeza, diciéndose:

—¡Adiós, mi gloria! ¡Olvidé que era hermoso!

—Pues bien—decidióse ella.—Subíos a coger esa flor...

Venciendo su amargura, Bergerac puso a Cristián delante de si.

—¡Sube!

El Barón vaciló.

—¡Sube!

—Debo hacerlo ahora?

Cyrano empujó al irresoluto.

—¡Sube, necio!

Y por las ramas y los pilares, Cristián se encaramó hasta el balcón.

Abajo, Cyrano los vió abrazarse, vió cómo sus bocas se unían y tembló oyendo el rumor de más de un beso.

—Oh corazón!—gimió.—¡Cuán bárbara es esta herida!

En la plazuela asomó un capuchino, que llevaba una linterna en la mano.

—¿La casa de Magdalena Robín?—preguntó al cadete de la guardia.

—Allí es.

Adelantándose al fraile, Cyrano corrió a prevenir a su prima,

—Roxana, soy yo. ¿Os halláis sola o con Cristián?

El barón de Neuvillette fingió asombro al ver a su compañero.

—Ahora voy—dijo ella.



V por las ramas y los pilares, Cristián se encaramó hasta el balcón.

Los dos amantes bajaron a la calle en el momento en que llegaba el capuchino.

—Una carta para Magdalena Robín, del señor de Guiche.

—Dádmela.

Roxana fijó los ojos en las primeras palabras y su rostro se ensombreció.

La carta decía así:

« Roxana: Esta misma noche
debí partir con mi gente;
todos me creen ausente,
mas quedarme resolví.
¡Tan dulce, amante sonrisa
vi dibujarse en tu boca,
que, en alas de pasión loca,
torno a volar hacia ti!...»

El portador de esta carta
no es por sagaz un portento.
Disfrazado del convento
sin que me vean saldré.
Aleja a tu servidumbre
y no me niegues tu gracia;
hija de amor es mi audacia
y tu perdón obtendré...»

A su lado, Cristián parecía inquieto. Entonces ella tuvo la idea de leer en voz alta la carta, alterando su sentido y burlando al de Guiche.

«Señora: Acatar precisa
lo que el cardenal ordena;
moderad, pues, vuestra pena,
que obedecer es razón.

Debe Cristián vuestro esposo
ser esta noche en secreto;
por eso os mando un discreto,
un venerable varón.

A Cristián he prevenido,
y en vuestra propia morada
la ceremonia sagrada
al punto celebraréis.»

Los dos cadetes comprendieron la astuta estratagema. Brilló el gozo en los ojos del barón de Neuvillette, y Cyrano hubo de hacer un soberano esfuerzo sobre sí mismo para acallar su tristeza.

—Entretened un momento al de Guiche,
si llega—dijo Roxana a su primo.

Luego, volviéndose al capuchino, añadió:
—Padre, cuando queráis.

—¿Cuánto tiempo es preciso para la cere-
monia?—preguntó Bergerac al fraile.

—Un cuarto de hora.

En cuanto los amantes y el capuchino desaparecieron en el interior de la casa, Cyrano miró hacia las calles que desembocaban en la plaza.

—Ahora, corazón—dijo,—llora en secreto.
Era pues, su destino velar por la dic ha de

los otros, defender el amor de Cristián, mien-
tras él se consumía de pena. Sin embargo,
el pensamiento de que con su sacrificio hacía
feliz a Roxana daba tal consuelo a su alma,



Brilló el gozo en los ojos del barón de Neuvillette, ...

que a todo se sentía dispuesto para que ella
celebrara sus bodas.

Estaba obscura la noche. Envuelto en su
manto de sombras, Cyrano seguía mental-
mente la ceremonia de las nupcias de su
prima.

Ahora se hallarían delante del pequeño altar, dispuesto al efecto, recibiendo la bendición del sacerdote. Sobre ellos descendería el sacramento santificando su unión. Juntas las manos y los ojos en los ojos, prestarían oído atento a las palabras que consagraban sus desposorios...

Y Cyrano, teniendo lágrimas, no lloró. Su ánimo era tan fuerte como su brazo.

—Pronto vendrá el de Guiche y tengo que distraerlo un cuarto de hora—pensó.

Y acto seguido, oyendo pasos, urdió una hábil farsa para entretener al Conde, que se acercaba con el rostro oculto por un antifaz.

Rápido como el pensamiento, Bergerac subióse a un árbol, y cuando el de Guiche pasaba debajo, dejóse caer pesadamente a sus pies, tal como si se precipitara desde una gran altura, y permaneció inmóvil en el suelo, como aturdido.

—¿Qué es eso? ¿De dónde cae ese hombre? —preguntó con un punto de miedo el Conde.

Incorporándose, Cyrano, que había tenido el buen cuidado de echarse el sombrero sobre el rostro, a fin de que no le conociesen, contestó con acento gascón:

—De la luna.

—¿Está loco?

—Creedme, ahora mismo de la luna llegó. Del polvo desprendido de los astros, tengo llenos los ojos y el vestido cubierto de éter;

traigo pelos de un planeta en las espuelas, y en mi jubón sujetá una pluma arrancada de la cola de un cometa.

Viendo interpuesto en su camino a aquel pintoresco personaje, el Conde dijo con impaciencia:

—¡Dejadme pasar!

Pero cruzándose de brazos y en un tono confidencial, Cyrano prosiguió:

—Todo lo he visto y lo he observado, y si queréis que os lo cuente... ¿Deseáis saber si hay habitantes en la luna?

—No deseo saber nada; lo que quiero...

—¿Es saber el medio de que me valí para subir a ella?...

Persuadido de la locura del que así hablaba, de Guiche quiso poner término a la conversación.

—Basta, tengo prisa.

—Y yo también—replicó Cyrano,— y, no obstante, os referiré cómo subí a la luna... ¡Miradla allí, a través de las ramas de ese árbol! ¡Cómo luce!... Y no creáis, no está muy lejos.

Aunque divertido, de Guiche se adelantó, y tras él, corriendo, Cyrano dijo:

—¡Seis medios inventé para rasgar el azulado manto!

—¿Seis?—preguntó deteniéndose sorprendido el Conde.

Había que aprovechar la coyuntura que

ofrecía su curiosidad excitada para entretenerlo un cuarto de hora. Cyrano lo comprendió, y con su imaginación portentosa, más de poeta que de militar, empezó su narración fantástica:

«Si desnudo el cuerpo, me cubriera con pequeñas redomas de cristal, llenándolas del llanto que vertiera un cielo matutino, es natural que me absorbiera el sol con el rocío elevando mi cuerpo en el vacío.»

De Guiche asintió con admiración, y el poeta prosiguió refiriendo los diversos modos que conocía para ascender por el espacio, ya en globo, ya dentro de un proyectil, ora dentro de un cofre, encerrando aire dentro de él y enrareciéndole, o bien untándose el cuerpo con tuétano de huesos de buey.

Estupefacto, de Guiche había contado cinco medios. Faltaba el sexto, que Cyrano explicó de esta manera:

«En un plato de bruñido acero colocarme, provisto de potente imán que al aire lanza; va en su busca ligero el plato, y cuando alcanzo el imán, lo echo arriba nuevamente; y sucesivamente vuelvo a lanzarlo, y por el cielo avanzo.»

A todo esto, Bergerac, hablando, condujera al Conde hasta un banco de la plaza.

—Y de los seis sistemas ¿cuál empleasteis?

—El séptimo—contestó el narrador, temiendo que no hubiera pasado aún el cuarto de hora.

Y con la misma soltura, descubrió el nuevo sistema al asombrado de Guiche.

De pronto se detuvo y, recobrando su voz natural, dijo:

—Pasó el cuarto de hora. El casamiento se ha celebrado ya...

El Conde se puso en pie de un salto.

—¿Qué habéis dicho? Ese acento...

—El mío, señor—dijo Cyrano levantando su sombrero y descubriendo su rostro.—Hecho el cambio de anillo, en un momento estarán aquí...

—¿Quién?

—Miradlos.

De Guiche se volvió. La puerta de Roxana acababa de abrirse, y a la luz de una antorcha que en la mano sostenía Ragueneau, aparecieron los novios y el capuchino.

—Despedíos de vuestro marido—dijo de Guiche a Roxana.

—¿Qué?—preguntó ella.

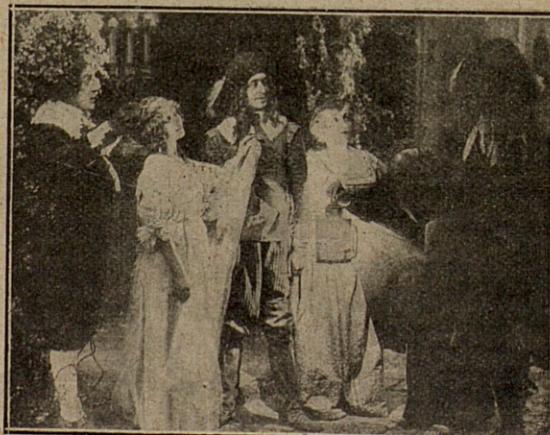
—¿Cómo?—dijo él.

—El regimiento parte y os aguarda—añadió el Conde, dirigiéndose a Cristián.

Las tropas destinadas a Arrás, salían en-

tonces de París. Sonaba el redoblar de los tambores, y su eco prolongado aterró a Roxana.

—¿A la guerra tiene que marcharse?
—Sí, al momento.



... y a la luz de una antorcha que en la mano sostenía
Ragueneau...

Enloquecida y llorosa, Roxana se abrazó a su marido.

—¡Cristián, mi Cristián!
De Guiche se acercó a Cyrano para decirle:

—Aun está lejana la noche de bodas.

Y Bergerac ocultó una sonrisa, porque aun siendo inmenso su amor y grande su espíritu de sacrificio, él deseaba también



Pero ellos no se separaban, y Bergerac intentó desasirlos...

que aquella noche se alejase indefinidamente.

Los amantes, abrazados, apuraban apasionadamente su sed de caricias en la copa de los labios.

A lo lejos, sonaban los tambores batiendo marcha.

—Ya parte el regimiento—previno de Guiche.

Una vez más y otra y otra, antes de separarse, Roxana y Cristián se abrazaron, y estos abrazos herían a Bergerac, que los contemplaba retorciéndosele de angustia el corazón.

—¡Basta ya!—exclamó.—Vámonos.

—¿No comprendes el suplicio de dejarla? —lamentóse Cristián.

—Lo comprendo.

Pero ellos no se separaban, y Bergerac intentó desasirlos llevándose a su compañero. Roxana, que no había soltado aún a su marido, le gritó a su primo:

—Os lo confío... Velad por su vida...

—Lo procuraré...

—¡Juradme que jamás tendrá hambre ni frío!... No dudo que fiel me será siempre... ¡Que a menudo me escriba!...

—¡Eso sí! ¡Yo os lo prometo!

—Muy a menudo...

Al fin los amantes tuvieron que separarse, y Cyrano, loco de alegría, corrió llevándose a Cristián.

Se acercaban las tropas. Sonaban próximos los tambores. Y como si quedase atrás, muy lejos, oíanse aún las quejas y gemidos de Roxana.

IV

Un mes después, en el campamento de las tropas francesas que ponían sitio a la plaza de Arrás, la compañía de Castel-Jaloux, conocida por su intrepidez en los combates, sufría las penalidades de una guerra en que las provisiones andaban muy escasas.

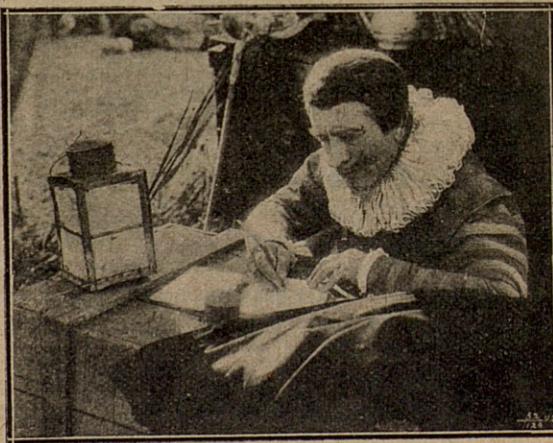
Los cadetes de la guardia ocupaban una loma que dominaba una llanura, cuya larga línea cortaba el horizonte. El terreno estaba cubierto de tiendas, obras de sitio y armas.

Es en la hora del amanecer. Envueltos en sus capas, duermen los cadetes, pálidos y enflaquecidos.

Sólo Cyrano y los centinelas velan.

Bergerac escribe las cartas que diariamente, dos veces, envía a Roxana con peligro de su vida, pues para que lleguen a sus manos necesita atravesar las líneas españolas. No le importa el peligro. El satisface de este modo su infinita ansia de tras-

ladar al papel, que ella ha de leer y besar acaso, todos los ardores de su alma de poeta y enamorado. Ya que otra cosa nunca podrá conseguir, cuando menos hará que vibre el alma de Roxana con sus palabras.



Bergerac escribe las cartas que diariamente, dos veces, envía a Roxana...

Cristián no sabe que su correspondencia sea tan frecuente. Con Cyrano había convenido en que escribiría a su mujer una vez a la semana, y esto no le parecía poco.

El pobre muchacho dormía en su tienda.

Al resplandor rojizo de una hoguera, que ardía fuera, su rostro demacrado se conservaba todavía bello.

Lentamente la luz del nuevo día disipó las últimas sombras. Dorada por las primeras luces del alba, distinguíase en la lejanía la ciudad de Arrás.

Súbitamente las cornetas y tambores tocaron diana, y los cadetes despertaron, desperezándose.

Por todas partes se oyeron las mismas palabras:

—¡Qué hambre!

—¡No hay quien resista!

—¡No puedo moverme!

—¡Ved mi lengua, qué amarilla!

—¡Quiero comer!

Cristián despertóse también.

—¡Roxana! —dijo.

El no se preocupaba de sus necesidades, aun cuando estaba tan hambriento como los demás.

Un cadete, viendo a otro que parecía masticar algo, se precipitó sobre él.

—¿Qué mascas, tú?

—Estopa frita—contestó el otro con desconsuelo.—Está impregnada de la grasa que sirve para engrasar las ruedas de los cañones... ¿Quieres un poco?

—No, gracias; estoy a régimen.

Poco a poco los cadetes fueron juntándose.

—¿No comeremos hoy?—preguntó uno.

—Lo mismo que ayer—le contestaron.

Los ojos de los hambrientos miraron torvamente. Ya no podían más. Fuertes y jóvenes todos ellos, teniendo que luchar día por día, mucho era que resistiesen a los españoles cuando se lanzaban al combate con los estómagos vacíos.

—¡Qué ignominia! ¡Sufrir hambre el sitiador!—exclamó Castel-Jaloux que, con Lebret, miraba de lejos a sus hombres.

Entre los cadetes cundía el descontento a medida que avanzaba la mañana. Aocabaron por exasperarse.

—¡Sublevémonos!—propuso uno.

Se alzaron cien voces iracundas.

—Sí, sublevémonos!

Y aquellos sufridos soldados, rompiendo con toda disciplina, se arremolinaron airadamente.

Castel-Jaloux, viéndolos venir, se asustó.

—¡Socorro!... ¡Cyrano! ¡Pronto, ven!

Saliendo de su tienda, tranquilamente, con una pluma en la oreja y un libro en la mano, apareció Bergerac.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis? ¿Y qué es lo que hacen los cadetes? ¿Representan alguna mascarada?

La presencia de Cyrano contuvo a los sublevados.

—¿A dónde vas tan despacio?—preguntó a uno de ellos.

—No puedo andar más aprisa.

—¿Por qué?

—Mi barriga suena a hueco.



—¿Es que no pensáis más que en comer?

Desdeñosamente, Cyrano replicó:

—Batiémos marcha en ella.

Dirigióse a sus compañeros, que lo recibieron con esta frase, que venían repitiendo hacía ocho días:

—¡Tenemos hambre!

—¿Es que no pensáis más que en comer?

Pero el peligro era evidente; se imponía acudir a algún recurso extremo para reducir a los hambrientos. Gascones todos, Bergerac conocía el carácter de sus compañeros, y se le ocurrió despertar en sus almas el recuerdo de la tierra lejana.

—Acércate, Beltrán, viejo flautista—dijo a un soldado.

Beltrán tomó asiento sobre la cureña de un cañón, desenfundó su flauta y comenzó a ejecutar viejas canciones del Languedoc.

Los cadetes fueron acercándose y rodeando al músico.

—¡Gascones, escuchad!—exclamó Cyrano.

Las melodías del país lejano, que vivían en todos, llenaron de añoranza a los oyentes.

Y Cyrano, alzando su voz, en la que vibraba también la nostalgia, añadió:

—«Escuchad, escuchad... Es la espesura; es el monte, el arroyo, la llanura;

es el campo, es la paz... Oid, gascones: ¡es toda la Gascuña!

Aquellos rostros pálidos y enflaquecidos, hoscos y de barbas hirsutas, tuvieron una expresión tan viva, que en algunos pudieron verse lágrimas. La emoción los había vencido.

En voz baja, Castel-Jaloux dijo a Cyrano:

—¡Los hiciste llorar!

—Sí, pero si ahora lloran no es de hambre, sino de nostalgia.



— ... Oid, gascones... ¡es toda la Gascuña!

—Poca energía desplegarán en la lucha hoy.

—¡Bah! En su sangre duerme el heroísmo y es fácil despertarlo... Lo veréis.

A una señal de Bergerac, un tambor empezó a doblar, dando el toque de ataque.

Súbitamente los gascones se levantaron, precipitándose a las armas.

—¿Quién es?

—¿Quién va?

Y Cyrano sonriendo, mostróselos a Castel-Jaloux.

—Bastó un redoble para que su sangre se encendiera con la fiebre del combate.

Apenas tranquilizados, oyóse anunciar al centinela:

—El de Guiche se acerca.

Pocas simpatías disfrutaba el Conde entre los gascones, aunque él también lo era. Su carácter sin franqueza, sus maquinaciones políticas y su doblez, le enajenaban el afecto de los cadetes de la guardia.

Cyrano sabía todo esto y dijo a sus amigos:

—Que no os halle tristes ni con caras de viernes.

Todos se apresuraron a seguir el consejo, y mientras unos se entregaban al baile, otros jugaban a los dados, y el campamento de la compañía del capitán Carbón ofrecióse a los asombrados ojos del Conde como si estuviera de fiesta.

En lo alto de un talud, el centinela dió la voz de alarma.

—¡Uno que huye! ¡Y es español!

—Dejadle—ordenó el de Guiche.—Es un espía a mi servicio; por él he sabido que hoy

los españoles nos atacarán por esta parte; y venía a preveniros.

—Siempre estamos preparados—repuso Carbón.

Cyrano descubrió a Cristián, que venía hacia él.

—Hoy nos atacarán los españoles.

—Lo he oído—dijo Cristián,—y quisiera enviarle a Roxana mi adiós... ¡Qué suerte más triste!

—No te lamente; tengo preparada la carta.

—Déjame leerla.

Cyrano entregó al barón de Neuvillete la que había escrito aquel amanecer.

—Aquí cayó una gota—dijo de pronto Cristián, suspendiendo la lectura.—¿Has llorado?

Bergerac le quitó la carta y, al comprobar la verdad de aquella lágrima, replicó afectadamente:

—Es posible.. Me habré enternecido con lo mismo que escribía.

—No comprendo...

Cristián miró fijamente a Bergerac. Parecía adivinar.

—¿Lloraste?—volvió a preguntar.

—La muerte no es temible, pero lejos de ella... no podré...

—¿Qué dices?

—¡Que tú no podrás verla ya!

Los ojos de Cristián se abrieron desmesuradamente. Comprendía al fin. Cyrano amaba a Roxana, y porque la amaba le había prestado su ingenio para seducirla.

Con ademán violento arrebató la carta de sus manos.

—Dámela.

Un rumor de voces y de cascabeles llegó del otro lado del talud. Los cadetes corrieron a ver lo que sucedía.

—¡Es una carroza! —anunció el centinela.

—¡Fuego! —ordenó un cadete.

Más cerca ya la carroza, que avanzaba a todo el galope de sus caballos, oyóse decir:

—¡Servicio del Rey!

Los cadetes formaron en dos filas, y la carroza entró en el campamento, parándose en seco.

—¡Buenos días, señores!

Era Roxana.

Después del primer instante de estupor, el de Guiche, en cuya mano se había apoyado ella para descender de la carroza, preguntó:

—¡Servicio del Rey... vos?

—Sí. ¡De Amor, el único Rey!

Cyrano y Cristián, que permanecían frente a frente, descubrieron la presencia de Roxana, y en sus brazos fué arrojarse el barón de Neuvillette, mientras Bergerac continuaba absorto, inmóvil, sin atreverse a alzar los ojos para mirarla.

Entre la locura de sus besos, Cristián quiso averiguar por qué estaba ella allí.

—¿Por qué has venido?

—¡Era tan largo el sitio!



—¡Buenos días, señores!

—Imposible que os quedéis aquí, señora —dijo el de Guiche.

Roxana miró al Conde, sonriendo.

—¡Imposible?...

Y dirigiéndose a los cadetes, pidió:

—Acercadme un tambor.

Todos los tambores de la compañía le fueron ofrecidos para que se sentara.

Roxana eligió el primero y, mirando a los cadetes y enviando un beso a su marido, dijo:

—¡Acribillaron mi coche a balazos!
De pronto, viendo a Cyrano, lo llamó.

—¡Ah, mi primo! ¡Qué placer!

Bergerac adelantóse ocultando su emoción.

—¿Me diréis?...

—¿Cómo he podido llegar hasta vosotros?
Sencillísimo. Atravesé llanuras desiertas. Todo el país está devastado. ¡Qué desolación!
¡Qué cruel es la guerra!

—Pero ¿por dónde diablos pudisteis pasar?
—preguntó Cyrano.

—Por entre los españoles... Primero corrí la posta sin contratiempo; después, llegando a las avanzadas, tomé mis precauciones. Si acertaba a ver el semblante de un hidalgo, le mostraba mi más amable sonrisa. Más de una vez hube de contestar sonriendo: «Voya ver a mi amante.» Y entonces hubierais visto como, galante y cortés, el español más ceñudo apartaba los mosqueteros dirigidos contra mí, y sin preguntarme más, inclinándose profundamente, me abría paso diciendo: «Señora, os beso los pies...»

Cristián la interrumpió:

—Pero Roxana, yo no soy...

Ella, adivinando su queja, no le dejó continuar.

—Amante dije... y dije mal; pero si digo marido, de seguro que no me dejan pasar.

Oyéndola, todos daban al olvido sus penas.



— Pero ¿por dónde diablos pudisteis pasar?

Estaban pendientes de sus labios, y su belleza, en medio de la tosca ruindad del campamento y entre aquellos hombres mal vestidos, con las barbas crecidas y las caras flacas, era como una sonrisa y una claridad que venía a dar nueva vida y alegría a los cadetes de la guardia.

De cuando en cuando abrazaba a su marido, miraba complacida a su primo y sonreía maliciosamente al Conde.

—Es necesario que partáis—dijo el de Guiche.

—¿Yo?

—Sí, prima—afirmó Cyrano.

—¿Por qué? Decidme la razón...

Miró a Cristián inquisitivamente. El, embarazado, no quería decir la verdad por no asustarla.

—Es que dentro de una hora—habló Cyrano,—tal vez antes...

—Os batís, ¿no es eso? Pues bien, me quedaré.

Los cadetes alzaron sus sombreros, vitoreándola.

—¡Sabremos defenderos!

Y todos se atropellaron, al saber que se quedaba, para acicalarse y ser dignos de merecer sus miradas. Saltando como chiquillos y vociferando como gascones que eran, entraron en las tiendas; sus voces iban de unos a otros pidiendo algo que a uno le faltaba y sobraba a su amigo.

—Tu espejo.

—Jabón.

—Un peine.

—Un alfiler.

—Un cepillo...

La decisión de Roxana era tan firme que

ni los ruegos de Cristián ni los consejos de Cyrano lograron disuadirla.

A su marido lo hacía callar con un beso. Su ternura, exaltada por las cartas que, diariamente dos veces, había recibido, al ver ahora a Cristián delgado y pálido, no sabía cómo manifestarse, y recurrió a los besos, que golosamente gustaba él, sin cuidarse de la presencia de los demás.

Después de haberse arreglado un poco, Carbón de Castel-Jaloux vino a saludar a Roxana.

—Ya que os quedáis—dijo,—es necesario que os presente a mis cadetes.

—Sí, capitán, presentadnos—pidieron todos, acudiendo en tropel y acabando de componerse.

—El barón de Peyrescous de Casterac.

Un cadete se adelantó y barrió el suelo con la pluma de su sombrero.

—El caballero Juset.

Continuaron las presentaciones. Al concluirlas, Castel-Jaloux rogó a Roxana:

—Servíos abrir la mano en que tenéis el pañuelo.

Toda la compañía se arrojó para recogerlo.

—Estábamos faltos de bandera, y hoy mi compañía va a tener la más bella del campo—observó Carbón atando el pañuelo al extremo de una lanza.

—Es muy chica—advirtió Roxana.

—¡Pero es de encaje!—exclamó Carbón.

Había desaparecido el ceño de todos los rostros. Los que horas antes estuvieran a punto de sublevarse, ahora sólo se preocupaban de sus personas y de sus armas, queriendo sobresalir por la gentileza y el valor llegada la hora de batirse.

Sin embargo, hubo uno que se acordó de que tenía hambre.

—Muriera satisfecho, después de admirar ese palmito, si tuviera algo que comer.

Los gascones lo miraron indignados, y su indignación se convirtió en doloroso asombro oyendo decir a Roxana:

—También a mí me abrió el apetito el aire del campo y comería con agrado algunos fiambres rociados con un poco de vino.
¿Queréis traerlos?

—¡Traérselos!—exclamaron a una los cadetes.

Con naturalidad, sencillamente, Roxana añadió:

—Es muy fácil; en mi coche viene de todo.
¿No os habéis fijado en mi cochero?

En lo alto del pescante irguióse la figura de Ragueneau, al que saludaron los cadetes con grandes aclamaciones, que se hicieron estrepitosas cuando el pastelero comenzó a arrojarles toda clase de asados y toda suerte de vinos. Debajo de los almohadones de la carroza, dentro de los faroles, en fin,

en todos los sitios donde podía escondese algo, allí encontraron los hambrientos con que satisfacer su debilidad hasta hartarse.

Nada faltaba, e incluso sobraba un poco de todo. Locos de contento, los famélicos cadetes corrían llevando botellas, con las bocas llenas y los ojos encendidos.

Cyrano aprovechó aquella confusión para decir a Cristián:

—He de hablarte.

De Guiche, que había ido a dar órdenes a sus ayudantes, volvió antes de que Cyrano y Cristián pudieran hablar a solas, pues Roxana no se separaba un momento de su marido. El Conde, siempre cortés, la saludó.

—Tengo formados mis lanceros—dijo, señalando las picas que sobresalían de la línea del talud.—Servíos darme la mano para revistarlos.

Sonó un prolongado toque de cornetas Al paso del Conde y de Roxana los cadetes se descubrieron, siguiéndolos luego. Sólo Cristián y Cyrano se quedaron atrás.

—¿Qué secreto es el que tienes que revelarme?—preguntó con impaciencia el barón de Neuvillette.

—Si Roxana te habla de cartas, no muestres asombro. Necesario es decírtelo... aunque no vale la pena; pero me ha asaltado un temor.

—¿Cuál? Dilo pronto.

Con aire de reo, Bergerac prosiguió:

—Le he escrito desde el campo con más frecuencia que crees. Como corría a mi cargo ser intérprete de tu amor....

—¿Y cómo estando bloqueados, pudiste romper el cerco?

—Antes del alba, no es difícil pasar sin que le vean a uno.

—¿Y cuántas veces le escribiste por semana?... ¿Dos?

—Más.

—¿Tres?... ¿Cuatro?

—Más.

—¿Cada día?...

—Dos veces.

Cristián se estremeció, mirando con rabia a Bergerac.

—¡Ah, comprendo!—exclamó.— ¡Tanto entusiasmo te entró por mis amores, que arriesgabas la vida?...

—Cállate, ella vuelve—dijo imperiosamente Cyrano.

Y corrió a ocultarse en su tienda. Por mucho que hasta entonces procurara ocultar su secreto, al fin lo había dejado traslucir.

Al ver a su marido, Roxana lo abrazó con entusiasmo. Ahora que no había miradas indiscretas que la contuvieran, se entregaba al placer de acariciar a su pálido esposo, en cuyo rostro triste habían dejado su huella el hambre y el frío.

—Explícame, ¿por qué viniste aquí?—dijo él.

—Busca en tus cartas la razón. En ellas encontré tesoros desconocidos de ternura. Por ellas lograste confundir con la tuya mi existencia... ¡Con qué palabras de fuego me descubrirías la sinceridad de tu pasión!

Cristián mordióse los labios.

—¿Eso advertiste en mis cartas?... ¿Y por eso viniste?

—No, vine a pedirte perdón, porque al principio quizás sólo pensé, para amarte, en tu belleza.

—¿Y ahora?—preguntó con angustia el barón de Neuvillette.

—Ahora de tu alma es de quien estoy enamorada.

Impetuosamente, él replicó:

—¡No, eso no! Amame como antes.

—Pero si aunque fueras deforme, te amaría!

—No lo digas.

—Lo juro!

Cristián sintió cómo en su corazón se clavaban las espinas de los celos. Roxana acababa de descubrirle que no era a él a quien quería, sino a Cyrano, al mago de las palabras bellas que así supiera seducirla.

—¿Qué tienes?—le preguntó Roxana abrazándolo.

El la rechazó suavemente.

—Nada... Te dejo; debo transmitir ciertas órdenes. Oyéndote, olvidé mi obligación... Allí están mis compañeros. Todos van a morir... ¡Ve tú a sonreírles un poco antes que mueran!

—¡Ah, mi Cristián!—exclamó Roxana enternecida.

El se alejó en dirección de la tienda de Bergerac, y ella volvió a reunirse con los gascones, que se agruparon a su alrededor queriendo aspirar el perfume de su belleza y enardecerse con el fuego de sus miradas para luchar más bravamente que nunca.

A las voces del barón de Neuvillette, Bergerac salió de su tienda.

—¿Qué te pasa?

—¡Que Roxana no me ama! ¡Que está enamorada de mi alma! Que, en consecuencia, te ama a ti sin saberlo. ¡Y tú la amas también! No lo niegues.

—Es verdad—confesó Cyrano.

—¡La amas como un loco!

—¡Más!

—¡Pues díselo!

—Eso nunca. Contémplame. Tu eres bello, pero yo soy deformé.

Con voz ahogada, Cristián repitió las palabras de su mujer:

—Me ha dicho que me amaría aunque fuera feo... ¡Que elija, después de saber la verdad! Tú vas a revelárselo. No quiero

matar tu dicha porque mi rostro sea más favorecido que el tuyo.

Aquel sacrificio, sólo comparable al que antes hiciera Cyrano, obligó a éste a responder:

—¿Y he de impedir yo la tuya porque tenga ese don de expresar lo que tú sientes tal vez? No, Cristián.

—Sí, Cyrano. Quiero que me ame tal cual soy, o me aborreza. De vosotros me alejo mientras tú sondeas su corazón...

Y alzando la voz, llamó:

—¡Roxana!... Cyrano quiere deciros algo que os interesa.

Ella se apresuró a reunirse con su primo, mientras el barón de Neuvillette se marchaba en busca de algo que no adivinaba lo que podía ser.

—¿Qué es lo que me interesa?—preguntó Roxana a su primo.—¿Se refiere a él? ¡Le he visto dudar!

—Dijisteis, pues, verdad al hablarle?

—¡Oh, sí, sí! Yo le amaría aunque fuera feo.

Entre los rumores del campamento sonaron distintamente algunos disparos, que venían del otro lado del talud.

Cyrano no hizo caso.

—¿Y si lo fuera hasta causar horror?—preguntó.

—¡También le amaría!

—¡Y si fuese un ser grotesco?

—Tal vez más.

En un transporte de júbilo, creyendo haber alcanzado su ventura, loco, tembloroso.

Cyrano gritó:

—Oíd, Roxana...

No pudo concluir. Lebret le llamaba demostrando gran agitación. Los disparos se sucedían cada vez más frecuentes. Por lo alto del talud aparecieron unos cuantos cadetes conduciendo algo que procuraban ocultar.

—¿Qué sucede? —preguntó ella a Cyrano, que hablaba con Lebret.

—No es nada —le dijo él procurando alejarla.

—¿Y esos hombres?

—No hagáis caso...

Cyrano se detuvo, cogió la mano de su prima y con solemnidad, gravemente, le dijo:

—¡Os juro que el alma de Cristián, su inteligencia, eran... no: son sublimes!

Pero ella había adivinado la verdad, y con un largo grito de espanto precipitóse sobre los cadetes que conducían en sus brazos a Cristián moribundo, herido a la primera descarga de los contrarios, cuyo ataque al campamento de Castel-Jaloux se acababa de iniciar.

La voz de Carbón dejóse oír:

—¡A las armas! ¡Formen!

Los cadetes habían puesto en tierra el herido. Roxana se arrojó sobre él, sacudida por los sollozos.

—¡Cristián! ¡Mi Cristián!...

Ragueneau trajo un poco de agua para lavar la herida, y aprovechando el momento en que ella se disponía a curarlo, rápidamente, Cyrano se inclinó y murmuró al oído del moribundo:

—¡Todo se lo dije! ¡A ti te ama!

En el instante en que por Lebret supo que el barón de Neuvillette se moría, había formado la resolución de defender el amor de Roxana hacia su marido aun a costa de su propio amor.

De rodillas cerca de Cristián, que había abierto los ojos sonriendo al oír las palabras de Cyrano, Roxana vertía su llanto, entre el rumor de las descargas, los gritos de Carbón y las voces de los cadetes que corrían al combate.

La mano que ella sostenía entre las suyas cayó inerte. Roxana lanzó un lamento y abrazóse desesperadamente al cadáver, en cuyo pecho había encontrado la carta que al amanecer Cyrano le entregara.

—Es su adiós —le dijo Bergerac.

—¡Ha muerto! —gimió la mujer. —Vos erais su amigo leal, le conocíais a fondo... ¿Y no es cierto que era un ser... maravilloso?

Con la cabeza descubierta, sufriendo con el dolor de Roxana, Bergerac aseguró:

—Sí, Roxana.

—¿Un talento sublime y un poeta extraordinario?

—Sí, Roxana.

Y a todas sus preguntas, contestó con firmeza:

—¡Sí, Roxana!

Y estas afirmaciones, aumentando el dolor de la mujer que había perdido al marido ideal, la arrojaron sollozante, con los brazos abiertos, sobre el muerto, que, al cerrar los ojos, había podido sonreir gracias al sacrificio de Cyrano.

No pudo resistir mucho tiempo su dolor y se desmayó. Bergerac dió en seguida órdenes para que la trasladaran a la carroza y la pusieran en salvo.

Luego, viéndola alejarse, murmuró:

—¡A mí sólo morir me resta, pues sin saberlo! ¡triste de mí! en él me llora!

Y frenético, sacando su espada, agrupó a los cadetes que resistían batiéndose uno contra veinte, en una lucha desesperada en la que sólo podía alcanzarse la gloria de la muerte, y los arengó:

—¡A dos muertos vengar debo! ¡Cristián y mi ventura!

Tomó en su mano la bandera de la compañía, la lanza a la que había sido atado el

pañuelo de Roxana, y arrojóse con los suyos en el tumulto del combate.

Arreciaban las descargas. En lo alto del talud los cadetes defendíanse heroicamente, resistiendo la embestida de los españoles. Sabía que la victoria era imposible, pero su valor no se arredraba y uno tras otro iban cayendo.

Un oficial español, asombrado ante la resistencia, descubrióse con respeto y preguntó:

—¿Qué hombres son esos, héroes o locos?

En lo alto del talud, entre una lluvia de balas, Cyrano dió la respuesta por todos:

«Son los cadetes de la Gascuña
que a Carbón tienen por capitán:
son quimeristas, son embusteros...»

Una descarga cerrada acalló la voz. Y entre el humo, blandiendo su espada, negro y sangriento, saltando como un diablo, Cyrano prosiguió:

«Punza-barrigas y Rompe-hocicos
son dulces motes que ellos se dan.
Ebrios de gloria, sueñan conquistas,
corren garitos, dan entrevistas...»

Los cadáveres de los cadetes rodaban por el talud sin que la resistencia cesase. Y la

voz de Cyrano, ronca, seguía sonando ebria
de furia heroica:

«Son los cadetes de la Gascuña
que a Carbón tienen por capitán...»

Y entre el fragor del combate, era aquel
canto como la voz máxima de una raza que
sabía morir con gloria.

V

Quince años han pasado. En el parque
del convento que las Damas de la Cruz
poseen en París, Roxana, con las tocas de
su viudez prematura, en una tarde de otoño
borda cerca del tronco secular de un alto
cedro.

La muerte de Cristián la ha recluido allí,
y en el santo lugar ella vive recogidamente,
defendiendo en su corazón el recuerdo del
amado muerto.

Tiene su belleza ahora la madurez otoñal.
Aun son rubios sus cabellos y clara la miraç^z
de sus ojos. Pero el dolor ha borrado el
color rosa de sus mejillas y sus manos pá-
lididas parecen de marfil.

Hace tiempo que la risa desapareció de
sus labios, siempre contraídos en el gesto
del que reprime un lamento.

Las dulces hermanas, las buenas monjas de hábitos blancos, conocen su historia y tienen por la hermosa y triste viuda un afecto lleno de solicitud.

A veces, en la hora gris del crepúsculo, Roxana suspende su labor y sus miradas se dirigen al cielo azul, y así, inmóvil, se sume en un ensueño en el que florecen los recuerdos como las flores en un jardín cuando en el horizonte se enciende el sol de la primavera.

Cristián no ha muerto. Vive en el corazón de esta mujer.

Quince años han pasado...

Una tarde de otoño, Roxana recibió la visita del conde de Guiche, ahora duque de Grammont.

No era la primera vez que él venía a verla. ¿La amaba aún? Quizá, aun cuando el duque no le hablase ya de amor. Sin embargo, hubiera querido que ella abandonase el convento, y por eso siempre le hacía esta pregunta:

—¿No pensáis volver al mundo?

—Nunca.

—¿Dura aún aquel amor?

—Mientras yo viva.

Conmovido por esta fidelidad, apesadumbrado por la culpa que había tenido en la desgracia de Roxana, pues él, por celos, fué quién la separó de Cristián la misma noche de bodas, el Duque preguntó:

—¿Y a mí, me habéis perdonado?

Roxana, sin levantar la cabeza de su labor, contestó con mansedumbre:

—Aquí todo se perdona.

Hablaban lentamente, haciendo largas pausas, para recogerse en sus pensamientos y ahondar en el fondo de sus almas antes de que los labios expresaran las ideas.

—Guardáis aún su carta de despedida?

—Oh, sí! Junto al corazón.

—Cuánto le amáis!

—Tanto que, a veces, me parece que no ha muerto del todo, que junto a mí flota su alma enamorada...

Volvieron a guardar silencio. Inclinada sobre el bordado, Roxana había cerrado los ojos como para concentrar los recuerdos y despertar dentro de sí la imagen de Cristián.

—¿No viene a visitaros Cyrano? —preguntó el Duque.

—Sí, él entretiene mi soledad. Todos los sábados, a las cinco, viene a charlar conmigo, supliendo a las gacetas con su conversación alegre e ingeniosa. Y sé que a todos aun causa terror su espada. Su carácter independiente, incapaz de transigir con la mentira, no le hace bien quisto de los poderosos y vive mal.

—Siempre le conocí así, libre en sus ideas y en sus actos, y os juro que, aunque soy

duque y él muy pobre, le estrecharía la mano con gusto. ¡Más de una vez, pese a mi vano orgullo, envidié a Cyrano!

—Gracias por él... Hoy es sábado y lo espero.

Viejo y pobre, Cyrano vivía con agobios en una mala habitación de una casa vieja en una antigua calle parisiense. Pasaba el día leyendo sus autores favoritos, escribiendo diatribas contra los hipócritas, los fatuos y los malos autores. Comía mal y vestía peor, pero su espada era todavía gallarda prenda que su brazo estaba dispuesto a manejar para defender al perseguido y castigar al malvado.

Como dijo Roxana al Duque, todos los sábados al dar las cinco iba al convento, y a esto se reducía su dicha de amante que ha sabido mantener la promesa hecha a un muerto de ocultar su pasión, sepultándola en su pecho y escondiéndola como un secreto precioso.

Tenía dos buenos amigos: Ragueneau y Lebret.

Aquella tarde recibió la visita del viejo pastelero y poeta.

—¿Qué te haces ahora? —le preguntó.

—Soy despabilador en casa de Molière.

—Oficio pobre.

Ragueneau alzóse de hombros.

En el portal de la casa, Lebret, que tam-

bién acudía a ver a su amigo, preguntó, antes de subir, a la portera:

—¿Cómo va nuestro Cyrano?

La pobre mujer tuvo un gesto desolado.

—Cada día peor... La soledad, la amargura, el frío y el hambre lo acechan. Esos traidores son los que le matarán. Ya cada mañana ata un punto más corto su cinturón, su nariz amarillea cual un viejo marfil y no le queda más ropa que un vestido roto y mugriento.

Lebret acordóse del duque de Grammont, del que sabía qué, aunque enemigo de Cyrano, lo admiraba y estaba pronto a protegerlo si él renunciaba a su aspereza y daba paz a su pluma, incansante en su tarea de desenmascarar a los hipócritas.

—Iré a verlo —se dijo.

Lo encontró en su palacio, al que acababa de regresar después de su visita al convento, y fué recibido sin tener que hacer antesala.

—Venís a hablarme de Cyrano? —adelantóse a decir el Duque. —Tened en cuenta que, aunque se le teme, también se le aborrece, y que como la ira de alguno rebose, de nada le servirá el ser valiente.

Lebret se inquietó.

—¿Le amenaza algún peligro?

En tono confidencial, bajandola voz, el Duque dijo:

—Ayer me advirtieron que bien podía morir... víctima de un accidente. Que salga poco, que obre con mucha prudencia.

Los consejos de Grammont llegaban tarde y, aunque hubieran llegado antes, es probable que nada pudieran evitar.

Instantes después de la visita de Ragueneau, Cyrano salió para hacer su diaria visita a Roxana, y he aquí que, como había prevenido el Duque, al pasar por debajo de una obra en construcción, dos desalmados dejaron caer sobre él un pesado madero, que le acertó a dar en la cabeza, derribándole al suelo.

Ragueneau, que lo seguía de lejos, corrió a él, encontrándole sin sentido y con el rostro cubierto de sangre. Con la ayuda de unos curiosos le transportó a su casa, a donde a poco llegó Lebret.

La violencia del golpe fuera tal, que la cabeza del herido aparecía rota, con una herida profunda, terrible.

—¡Un médico! —exclamó Lebret.— Voy a buscarle.

Tendido en el lecho, Cyrano no daba señales de vida. Luego abrió los ojos y miró en torno. Recordó en seguida el accidente de que acababa de ser víctima...

En un reloj dieron las cinco.

Roxana, que esperaba a su primo, extra-

ñada de que ya no estuviera allí, murmuró:

—Es extraño. La hora dió y no viene.

Miró el sillón vacío que, todas las tardes,



Tendido en el lecho, Cyrano no daba señales de vida.

una hermana colocaba cerca del árbol en que trabajaba ella en su eterno bordado. Era el sillón destinado a su primo.

Una ráfaga de aire pasó por el parque sacudiendo los árboles, y una hoja vino a

posarse sobre el pecho de Roxana. Ella la cogió y dijo:

—¡Una hoja que muere!... ¿No vendrá él hoy?

El reloj volvió a dar las cinco.

Cyrano, con la cabeza vendada, se incorporó en el lecho.

—¡Ragueneau, mi sombrero, mi espada!

—Pero...

Cyrano se sobrepuso a su dolor, hizo un esfuerzo y logró levantarse. Le flaqueaban las piernas. Sus ojos parecían cubiertos de sombras. Tanteando en las paredes, buscó su sombrero y calóselo hasta la frente. Dió un paso vacilante y tomó su espada. Otro paso y acercóse a la puerta...

—Señor!—gimió Ragueneau.

Con su brazo extendido, Cyrano lo mandó callar, abrió la puerta, bajó los escalones y salió a la calle... Sus pasos eran sin orden, como los de un beodo. En las fuentes de su energía, él tenía que buscar con ahínco las fuerzas que debían sostenerle.

Jadeando, marchando de través, llegó al convento y, antes de llamar, tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Sentía que la muerte le rondaba, pero él quería ser más fuerte que la muerte.

—¡El señor de Bergerac!—anunció una monja a Roxana.

Ella se inclinó sobre el bordado y, sin

volver la cabeza, como tenía por costumbre, esperó a su primo.

Con el sombrero hundido hasta los ojos, muy pálido, Cyrano bajaba las escaleras del parque con visible esfuerzo para tenerse en pie, apoyándose en su bastón.

—Por primera vez en catorce años—dijo ella en tono de amistosa reconvenCIÓN,—llegáis hoy tarde.

El acercóse al sillón y jovialmente replicó:

—No me riñáis. Tuve una visita inesperada; pero hemos quedado en que volvería dentro de una hora.

Era su voz alegre, contrastando con la cadavérica palidez de su semblante.

Roxana, sin levantar los ojos, repuso:

—Ya aguardará vuestra visita, porque hasta que anochezca no permitiré que os vayáis.

—Tal vez me sea forzoso partir antes.

Un violento dolor le obligó a cerrar los ojos. Reclinó la cabeza sobre el respaldo del asiento y alentó con dificultad. La visita que le aguardaba en su casa—la Muerte—parecía mostrarse llena de impaciencia.

—¿Qué me contáis de nuevo, primo mío?

Luchando con su dolor, Cyrano comenzó su relato de los sucesos de la semana:

—Sábado, diez y nueve: de un exceso de uvas, el Rey cayó enfermo con calenturas. Domingo: en el gran baile de la Reina, se

quemaron setecientos setenta y tres hachones, y nuestras tropas combatieron con las de don Juan de Austria. ¿Qué más?... Fueron ahorcadas cuatro brujas y madame de Athis purgó a su perro. Lunes: cambió de caballero Lygdamira. Martes: la Corte hizo un viaje de recreo. Miércoles: la Montglat dió un «no» al de Fiesque. Jueves...

La voz se apagó. Agotado por el esfuerzo, Cyrano dejó caer su cabeza rendida, con el rostro alterado por el sufrimiento.

Extrañando su silencio, Roxana lo miró:

—¿Qué os pasa?

Volviendo en sí, él repuso sonriendo:

—Nada... Prosigo. Jueves: llega Mancini poco menos que a reina de Francia. Viernes: la Montglat dió un «sí» completo; y el sábado, por fin...

De nuevo enmudeció, cayendo en un desmayo. Poco a poco se iba muriendo, y era su agonía, lenta y dolorosa, oculta a los ojos de la única mujer a la que había amado y seguía amando en silencio.

Roxana alzó el rostro.

—¿Qué tenéis, Cyrano?

Asustada al verlo, se levantó y aproximóse a él. Cyrano abrió los ojos, y con un gesto brusco, asegurándose el sombrero para ocultar la venda de la herida y echando la cabeza atrás, dijo con firmeza:

—Un ligero malestar... Ya pasó. La herida que recibí en Arrás...

Tranquilizada, Roxana volvió a sentarse.

—¡Pobre amigo mío! Todos tenemos nuestra herida: la mía la tengo aquí—dijo señala-



— Un ligero malestar... Ya pasó...

lando el sitio del corazón,—debajo del papel que aun conserva huellas de su sangre...

—¿Su carta? Hace tiempo me ofrecisteis dejármela leer... Hoy quisiera que fuera ese día.

Cogió la carta que ella le entregó y se

puso a leerla. Su voz había recobrado su vibrante sonoridad.

—«Roxana, adiós, voy a morir... Y ansio gritar y grito: ¡Adiós!...»

—¡Qué bien leéis!

—«De mi recuerdo ni un punto se alejó tu imagen, porque soy, y seré después de muerto, quien te ama, quien por ti...»

Roxana se levantó.

—Esa voz yo la escuché otra vez—dijo.

La carta cayóse de las manos de Cyrano, y él, cerrando los ojos, embriagándose en su amor y en el recuerdo, siguió repitiendo las palabras que había escrito la mañana en que Cristián halló la muerte combatiendo con los españoles.

—«Adiós, mi dueño; mi dicha, mi tesoro...»

Y lo mismo que Cristián el día de su muerte, ella adivinó el secreto de Cyrano.

—¿Cómo es posible que leáis si se os ha caído la carta?—dijo.

Con los ojos abiertos, Cyrano, dándose cuenta de la realidad que venía a sorprenderlo en sus últimos instantes, estremeciéose viendo a su prima pálida y temblorosa.

—¡Infeliz!—exclamó Roxana.—¡Y pasasteis catorce años viniendo como amigo a este convento para distraerme!... ¡Quién me amaba erais vos! Debí haberlo conocido...

El quiso negar:

—No, no era yo.

Pero ella afirmó con vehemencia:

—¡Qué generosa fué vuestra impostura!... ¡Las cartas erais vos quien las escribíais! Los conceptos apasionados...

—¡No!—insistió Cyrano.

—La voz que oí aquella noche... ¡Todo vuestro!

—¡Juro que no!

Conmoviéndose a medida que hablaba, enterneciéndose con sus negativas, con una pena muy dulce, Roxana siguió diciendo, mientras él negaba:

—¡Vuestra alma vibraba cerca de mí!

—Yo no os amaba. Era el otro.

—¡Mentira! ¡Sois vos!... ¿A qué negarlo, si os vende el acento?

Y vencido, lleno de pasión, él quiso resistir aún, y sin quererlo, sus palabras revelaron su secreto:

—¡No, no, amor mío, yo no os amé jamás!

Callaron. Nada ya podían decirse. ¿Para qué nuevas palabras?

Inesperadamente apareció Raguneau, seguido de Lebret.

—Ah, señora, se ha matado viniendo aquí!

Entonces Cyrano, descubriendose y dejando ver su cabeza vendada, puso término a sus noticias, que habían quedado interrumpidas:

—...Sábado: por un villano, el caballero Cyrano ha sido muerto a traición.

Roxana se arrojó sobre él sollozando:

—¿Qué tenéis? ¿Qué os han hecho?... ¡A un solo ser amé y por segunda vez lo voy a perder!

Pasó el viento sacudiendo los árboles y despojándolos de hojas. Del convento vino la armonía del órgano de la iglesia. En largas filas blancas, las monjas desfilaban bajo las arcadas de los claustros solitarios, camino de la oración...

Cyrano permanecía inmóvil en su desvanecimiento, rodeado de sus amigos.

En el silencio alzaronse las voces de las hermanas, y por el parque extendióse la sacra armonía, abriéndose como un abanico de melodioso varillaje.

Comenzaba a anochecer.

Toda estremecida por el descubrimiento de aquel amor tan fuerte y admirable, Roxana sollozó:

—¡Cyrano, vivid, yo os amo!

El sonrió tristemente.

—No, yo nunca gocé de ternura. Ni hermana tuve. Pero quiso Dios darme una amiga en vos y aun fué dichosa mi existencia, bien mío.

Los acentos del órgano se hicieron más vivos, y la voz del templo llegó al parque acariciando al que agonizaba.



Cyrano sintióse morir. Sus ojos se enturbiaron...

Se acercaban las sombras. Allá, en lo alto, por entre la trama de las ramas, asomaba la luna.

Cyrano sintióse morir. Sus ojos se enturbiaron. Quiso hablar y no pudo. Apenas si lograba sonreír mirando a Roxana.

De pronto, sacudido por la fiebre, dominado por el delirio, rebelándose contra el dolor, levantóse.

Lebret y Roxana trataron de sostenerlo, pero el brazo del moribundo los rechazó y, yendo a apoyarse en un árbol, sacó su espada y acometió el vacío.

—¡Nadie intente sujetarme!—exclamó.— ¡Ya llega!... ¡Ya llegó!... ¡Ósa mirar mi nariz, esa vil desnarigada!...

Todos retrocedieron aterrados.

Sostenido por la fiebre, en una exasperación de sus propios sentimientos, Cyrano daba cintarazos a los fantasmas de su vida, a los enemigos con los que siempre había luchado...

—¿Cuántos sois? ¿Sois más de mil?... ¡Os conozco! ¡Sois la Ira, el Prejuicio, la Envidia!... ¿Que yo pacte? ¡Te conozco, Estúpidez! ¡Morir sí! ¡Venderme no!... ¡La muerte espero y, en tanto que llega, quiero luchar... y siempre luchar!

Y, erguido, héroe hasta en la muerte, acometió a las sombras, describiendo molinetes con su espada.

De súbito se detuvo jadeante.

—¡Todo me lo quitaréis! ¡Todo!—dijo.— Pero una cosa me queda que nadie podrá arrancarme...

Separándose del árbol en que se apoyaba, avanzó en actitud de acometer, levantó la espada, y tropezando vino a caer en los brazos de sus amigos.

Roxana se inclinó con una infinita desolación sobre él.

—¿Dí? ¿Qué es lo que nadie te quitará?

Cyrano abrió los ojos y, abandonando la vida, exclamó sonriendo:

—¡Mi penacho!

Una suave ráfaga de aire pasó por el parque sacudiendo los árboles.

—¡Ha muerto!—exclamó Roxana.

Sus labios se posaron sobre la frente del cadáver, y fué aquel beso como el último aleteo de una mariposa roja abatiéndose en una losa sepulcral.

Y caían las hojas arrebatadas por el viento.

Y de la iglesia llegaban las voces de las hermanas elevando a lo alto sus oraciones, como mensajes que debían preceder a Cyrano de Bergerac en su viaje a las regiones puras que habitan las almas de los héroes.

FIN

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS EN LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

LOS HIJOS DE NADIE
EL TRIUNFO DE LA MUJER
EL PRISIONERO DE ZENDA
EL JOVEN MEDARDUS
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER
UNA MUJER DE PARIS
EL CORSARIO
PARA TODA LA VIDA
CYRANO DE BERGERAC

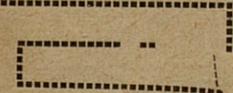
EN PRENSA:

DE MUJER A MUJER

(feliz creación de la bellísima Betty Compson)

Precio de cada libro: UNA PESETA

UN ÉXITO ENORME



ESTÁN
OBteniendo
LOS LIBROS

FERRAGUS (Los Trece)
EL PAGO QUE DAN LOS HIJOS
BAJO LAS GARRAS DEL ORO
EL ESCÁNDALO

DE LA BIBLIOTECA
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

DE
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

EN PRENSA:

LA INHUMANA

Novela esperada con excepcional expectación

Precio de cada libro: UNA PESETA

■■■ MUY EN BREVE: ■■■

NÚMERO ALMANAQUE

■■■ DE ■■■

■■■ LA NOVELA SEMANAL ■■■
■■■ CINEMATOGRÁFICA ■■■

■■■ CON UN ■■■

Lujoso ALBUM-OBJEQUIO

■■■ PARA COLECCIONAR LAS ■■■

■■■ POSTALES DEL AÑO 1924 ■■■

(9)

